

# La Ilustración Artística

AÑO XXVI

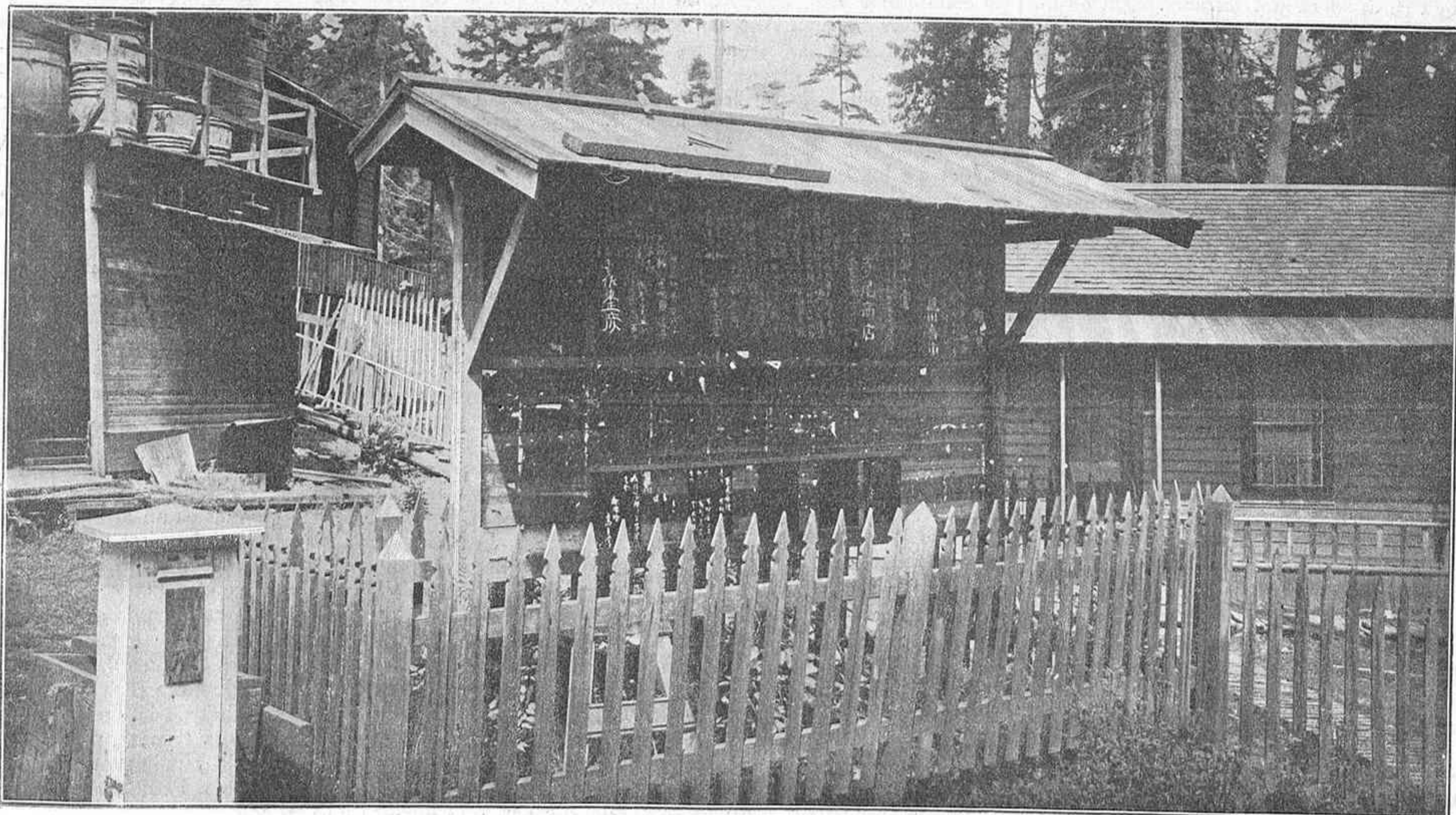
BARCELONA 21 DE OCTUBRE DE 1907

NÚM. 1.347

LA INMIGRACIÓN JAPONESA EN LOS ESTADOS UNIDOS. (De fotografías.)



Desembarco de emigrantes japoneses en Seattle (Estado de Wáshington)



El diario de los emigrantes japoneses en donde se publican noticias del Japón y cuantos informes pueden interesarles

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Remedio infalible* (cuento que puede ser historia), por P. Gómez Candela. — *Enrique Zügel*. — *Túnez. Escuela de hurtos*. — *Las inundaciones en Cataluña*. — *El ferrocarril de Junfrau* (Suiza). — *La inmigración japonesa en los Estados Unidos*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Problema de ajedrez*. — *La reina del Prado*, novela ilustrada (continuación). — *La atracción del Polo Norte*, por el comandante R. E. Peary. — *Psiquis, escultura de Pablo de Vigne*. — Libros recibidos en esta Redacción.

**Grabados.**— *La inmigración japonesa en los Estados Unidos. Desembarco de emigrantes japoneses en Seattle* (Estado de Washington). — *El diario de los emigrantes japoneses*. — *Dibujo que ilustra el artículo titulado Remedio infalible*. — *Enrique Zügel*. — *Rebaño de ovejas*. — *Machos cabrios*. — *Compañeros de fatigas*. — *El prado de las ovejas*, cuadros de Enrique Zügel. — *Túnez. La escuela de jóvenes musulmanas*. — Cinco reproducciones fotográficas de las ruinas y destrozos causados por la inundación de Manresa. — *Sobre el hielo*, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. — *Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa*, cuadro de Federico Uhde. — *El eminente organista Eugenio Gigout en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona*. — *El compositor italiano Romualdo Marenco*. — *Ferrocarril de la Jungfrau* (Suiza). — *Ingenieros en el pico más alto de la montaña*. — Dos grabados que ilustran el artículo titulado *La atracción del Polo Norte*. — *Psiquis, escultura de Pablo de Vigne*. — *Marruecos. La expedición a Sidi Brahim. El botín del capitán*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los que dicen que la naturaleza es serena y maternal, quisiera yo que me explicasen en qué fundan su afirmación. Claro es que si vemos un prado

«verde é bien sencido, de flores bien poblado,»

ó un campo de trigo salpicado de amapolas, ó un bosque majestuoso que alfombra el musgo, ó una fuentecilla parlara, ó un valle repuesto, ó las márgenes de un río festoneadas de olmos y espadañas, ó cualquiera de tantos cuadros paisajeros como se ofrecen á la contemplación del soñador ó del poeta, entonamos un himno á esa naturaleza suave, bonita y sugestiva para el espíritu. Acerquémonos un poco más, y entonces acaso modifiquemos la primera impresión.

Lo que ante todo nos subleva en la naturaleza, es notar que su ley profunda es de destrucción y muerte. Cada sér tiene que destruir para subsistir, y aunque precisamente no destruye devorando, ello es que destruye suprimiendo ó ahogando á otros. Yo planté un valladar de romero en un talud donde existía un zarzal. Al pronto, las zarzas ahogaban al oloroso y simétrico matorral de las flores azules. Cuando el romero se hizo fuerte, á la vez asfixió á las zarzas. El álamo blanco, que sin cesar retoña, devora á las demás especies, si se le deja. El brutal eucalipto, señor hecho aprisa, chupa con sus musculosas raíces todo el jugo de la tierra y mata la vegetación á su alrededor; no consiente que nada medre á su sombra, ni que una ligera mata de hierbecilla saque la verde cabeza al través del terruño resecaído y sangrado. El tojo ó aliaga devora al brezo; el brezo combate á la orquídea silvestre; la mala hierba trata de sofocar al trigo; la ortiga se apodera del terreno, hasta en los cementerios, donde se sustenta de lo que fué vida humana... He presenciado el espectáculo de una pelea entre vegetales, una pelea sin movimientos, estática, que no por eso dejaba de causar profunda impresión.—Un plátano y una araucaria imbricada se encontraban demasiado juntos para poder los dos desarrollarse suficientemente. A ambos lados de los combatientes; otros árboles crecían y se apretaban, tasándoles el aire y la luz. No quedaba espacio sino para uno—y eran dos.—La mano inhábil del jardinero no había sabido evitar el conflicto, eliminando de los dos adversarios el que menos valía, el vulgar plátano, y dejando á la bella araucaria, bella con belleza terrible y guerrera, la plaza al sol que necesitaba y exigía. El plátano, avanzando sus ramas duras y hojosas, empujaba á la conífera, torciéndola y desviándola de su majestuosa regularidad. La conífera á su vez, adelantaba sus cien brazos provistos de miles de púas, de cuchillos cortantes, como si quisiese con ellos apuñalar á su contrario. Y en los dos vegetales se traslucía la intención aviesa, la rabia colérica que parecía más siniestra aún por la inmovilidad, por el silencio, por la eterna fijeza de la actitud de ambos enemigos. Otras luchas son cortas. Estas duran tanto como duren los dos árboles: años, tal vez siglos—hasta que uno de los dos adversarios haya conseguido, primero la lenta decadencia, después la desaparición del otro.—Es un reto á quién vivirá más, á quién adquirirá más fuerzas y más empuje para deshacerse de lo que le estorba.

El fondo del mar, en vez de ser una Arcadia donde reinan la libertad y la armonía, es un reñidero y un matadero, una vastísima naumaquia en que se asesinan las especies. En comparación del fondo del

mar, la tierra aparece pacífica, inofensiva. En efecto, las grandes profundidades submarinas se encuentran hirviendo en vida, y por consiguiente, hirviendo en muerte y destrucción. Ese hormiguero infinito de criaturas se sustenta de matar y comer á otras criaturas más ó menos fuertes, más ó menos ágiles y feroces—feroces lo son todos los organismos que pululan dentro del agua salada.—Perpetuamente viven los peces en estado de caza y guerra. No es sólo el pez grande el que devora al pequeño; es el pequeño el que se traga á otros, y hasta al grande, si puede. Cuando un cetáceo herido se refugia en alguna caverna tapizada de algas para morir, antes de que sobrevenga su último instante se están cebando en su grasa suculenta miriadas de pececillos. Y el cadáver humano, el naufrago arrastrado por las olas, el triste suicida, no necesitan tropezar con tiburones para encontrar sepultura en vientres ávidos: los peces sabrosos con que nos regalamos en nuestras mesas, quizás se dieron el día anterior un festín á cuenta de la raza humana... No hay nada tan voraz como los peces, á no ser los crustáceos. Quizás, en nuestra fantasía, nos figuramos á los «simples pececillos» pastando en las praderías de ovas, fucos y correas que tapizan los valles oceánicos. Serán vegetarianos los peces; pero si encuentran al alcance de sus dientes agudos un buen trozo de vianda, no lo desprecian. Perseguidos incesantemente por sus verdugos, huyen, se ocultan, se defienden con la emboscada, entre la obscura sombra de las profundidades.

¿Habéis considerado alguna vez las formas monstruosas que reviste la vida en el mar? No solamente son monstruosas, sino que algunas son repugnantes, asquerosas moralmente. Cuando las redes sacan de los bajos fondos seres desconocidos, nos quedamos absortos de lo que cría esa enorme criadora, la naturaleza, allí donde la materia, saturada de elementos de vida, obedece á los caprichos horribles, grotescos é inmorales de la fuerza que se cuida, «no del bien, sino sólo del ser,» como dijo enérgicamente el poeta.

Desde que los vapores pesqueros van más allá de los acostumbrados lugares donde antiguamente echaba sus redes y armaba sus artes y aparejos el pescador; desde que registran rincones antes inexplorados, hemos visto salir á luz legiones de monstruos, engendros del delirio y la fiebre. Aparecieron unos peces extraños, que tienen por ojos dos inmensas farolas semejantes á faros de automóvil: la criadora es providente, y dota de estos faros á los que necesitan recoger y concentrar toda la escasa luz difusa que existe en las grandes profundidades. Estos raros peces tienen la piel negrísima, y bajo la negra piel, una carne blanca, que en determinadas estaciones puede llamarse exquisita, porque se encrespa en capas y conchas revestidas de fina gelatina.

Las formas de peces, crustáceos y mariscos son más primitivas, por decirlo así, que las de los animales terrestres. Dijérase que les preceden—como enseña el Génesis—en el orden de la creación. El terror, el espanto característicos del exceso de vitalidad (no es sólo la muerte lo que aterrera) nos estremecen cuando estudiamos sencillamente en un acuario algo de los misterios del mar. Allí hay engendros de pesadilla, larvas misteriosas, caprichos imposibles de imaginero gótico, extravagancias en que la naturaleza parece un bufón loco riéndose de sí mismo. Los pintores que agotaron su fantasía ideando bichos raros para poblar con ellos la penumbra de infierno que envuelve á los San Antonios en sus *Tentaciones*, no han conseguido llegar más allá que llega la realidad detrás, por ejemplo, del cristal de los acuarios de la Villa de París. Y no hablemos de los zoófitos: son otro mundo, mixto del animal y la planta marina, con las monstruosidades de ambos reunidas y sumadas para que resulte una combinación de singularidad que no cabe ni en el lápiz de Goya.

Consiguió Víctor Hugo efectos de miedo sobrenatural con su descripción del pulpo. No había, sin embargo, en ella nada de exagerado. Si las dimensiones del cefalópodo que sale al encuentro á Gilliat en la gruta parecen desmedidas, su forma está retratada gráficamente, y en su forma, no en su tamaño, consiste que el pulpo sea algo tan estremecedor... Ved, si no, otra forma en que la naturaleza parece haber extremado la malignidad: ved la araña, que recuerda al pulpo por la circunstancia de llevar los largos brazos dispuestos alrededor de una masa central, que puede ser cabeza, vientre, ojos, no se sabe qué. La araña más gruesa, la *mingala*, no pasa generalmente de quince centímetros de diámetro. Y sin embargo, horripila como si midiese un metro. Me desdigo: no hay manera de figurarse lo que una araña de un metro sería. Creo que la gente, con verla tan sólo, se caería muerta de susto.

En las reducidas proporciones que alcanza en nuestros climas la araña, es ya un espantajo feroz.

Por mi parte confieso que tengo la desgracia de no poder sufrir la vista de esta clase de animalejos. Es una debilidad como otra cualquiera, y debilidad hereditaria, porque un abuelo mío, por cierto militar, y no cobarde, sufría síncope si tocaba casualmente á una araña ó la encontraba cerca. La gente, al enterarse de estas repulsiones nerviosas, exclama sentenciosamente: «Eso se domina con la voluntad.» No es cierto. Tales repugnancias brotan de ese fondo del instinto, que es superior á todo raciocinio. Justamente porque no se encuentran razonamientos en qué fundarlas, es por lo que no se pueden desterrar ni vencer.

En el sobresalto que inspira la araña hay algo más que un sencillo miedo. En nuestras latitudes, la araña no es dañina; apenas tiene veneno. Cuéntanse historias de personas picadas por arañas y que sufrieron graves trastornos, pero debo decir que no las he visto nunca. Lo de la tarántula en Nápoles tampoco debe de ser frecuente. En suma, la araña es un ser débil, al cual aplastamos sin el menor conato de realizar una hazaña. ¿Por qué hace su presencia que recorra nuestras venas un escalofrío? Es que su forma horrible parece una encarnación del espíritu del mal. El escalofrío que nos produce es el de lo sobrenatural maléfico.

El jesuita Padre Martín de Roa dedicó un tratado á explicar cómo están los condenados en el infierno; y en él habla de gusanos, serpientes, escuerzos y dragones, que contribuyen, con su presencia y sus picaduras y mordeduras, al suplicio de los infelices. Si el padre Roa (autor á quien con suma frecuencia citaba mi amigo D. Juan Valera) pensase en formas terroríficas de la vida animal, hubiese poblado su infierno de arañones. La araña es un ser fatídico.

Todo es en ella extraño, hasta la propiedad que tiene—yo no explico, me refiero á hechos mil veces presenciados—de pararse cuando se invoca á San Jorge. Comprendo que no se crea este caso peregrino y usual; comprendo que se califique tal práctica de superstición... No por eso será menos exacto que la palabra «San Jorge!» detiene el descenso del horrible monstruo cuando se deja caer á plomo por la pared. No sé si otra palabra conseguiría igual resultado: quizás el bicho se para sencillamente al sonido de la voz. Buffon lo entiende así. Pero no puedo decir cuánto me impresiona estéticamente la idea del noble paladín celeste paralizándolo el movimiento del vestigio feo y malvado. Es un efecto hondamente poético, y me sugiere un fin de ideas y representaciones del más completo romanticismo.

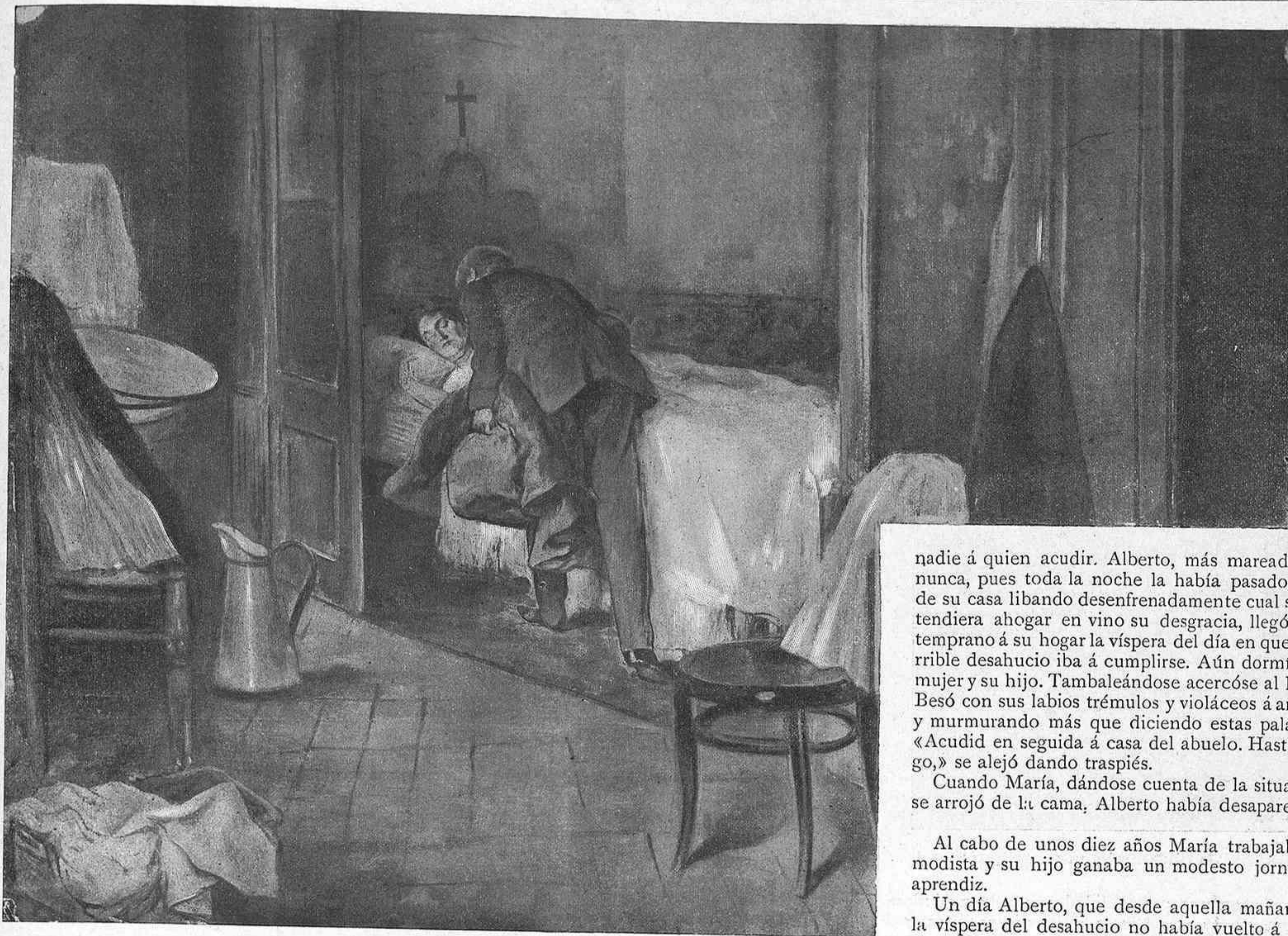
En efecto, San Jorge es el guerrero ideal que, como Lohengrin, tiene por misión vencer y subyugar á la iniquidad, clavar su lanza en las fauces del maldito. San Jorge, en la hagiografía, y por mejor decir en la tradición, es el caballero sin miedo y sin tacha, ante el cual la mentira, la bajeza, la miseria, la villanía, huyen ó se rinden. Y la imaginación popular, al atribuir á San Jorge la virtud de detener á la araña, simboliza en la araña las fuerzas diabólicas del pecado y de la abyección; hace del insecto antipático por excelencia el emblema de lo deforme moralmente.

Todo esto, sobra el decirlo, es un subjetivismo; sucede dentro de nosotros... En la realidad externa, la araña es un insecto áptero, de la clase de los arácnidos, con ocho ojos, ocho patas de desigual longitud, un abdomen, ya redondo, ya flaco y escurrido, y con color que se confunde con el polvo en la araña doméstica, y que reviste brillantes matices en la araña laberíntica ó campesina. Esta araña ya no causa ni la mitad del disgusto que la otra. Algunas de esas arañas de jardín, que vienen entre las flores, serían hasta bonitas, por el color verde delicadísimo que las asemeja á un juguete de jade esculpido por un artista nipón, si lo siniestro de su hechura no persistiese bajo la gracia extraña de su ropaje.

Ya que hablo de arte japonés y de arañas, diré que los japoneses son maestros en imitar en sus juguetes las estructuras teratológicas. Figuras de arañas, langostas, escorpiones, cangrejos (el cangrejo es un monstruo de los más espantables) los hacen los japoneses con una perfección que crispa los nervios: No en vano el arte japonés es un arte, las más veces, de calentura, de grotesco, de misterio y temblor—lo más contrario al arte griego, que no nos ha legado sino monstruos hermosos: el centauro, el sátiro, el fauno, la sirena, y, como excepción, la arpa.

¿Encuentran ustedes que estas nimiedades y arañerías no merecen los honores de la crónica? Me las ha sugerido la desagradable vista de una de esas criaturas que yo suprimiría de la creación. Emboscada en su tela, clavaba sus tenazas, pinzas ó lo que sea, en el cuerpo trémulo y palpitante de una preciosa mosca verde esmeralda. Pequeño drama, con todo el horror de lo grande.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Tambaleándose acercóse al lecho

REMEDIO INFALIBLE

(CUENTO QUE PUEDE SER HISTORIA)

La casa de Alberto, tan firme y casi pudiéramos decir que poderosa cuando aquél acababa de unirse en matrimonio con María, se venía abajo por momentos.

Hablando más claro: el bufete de Alberto contaba cada vez con menores negocios; los gastos aumentaban en proporción inversa de los ingresos, á causa de las enfermedades, y todo amenazaba un próximo y funesto derrumbamiento.

El que fué un tiempo abogado solicitadísimo en las Salesas, apenas si llamaba ya la atención cuando entraba en el templo de Themis, y la antesala de su despacho, en otro tiempo llena de clientes, permanecía desierta, triste, silenciosa.

Cuando Alberto se casó con María, de familia distinguidísima, pero que nada aportaba de dote, el entonces «joven abogadito», como le llamaba cariñosamente su suegro, podía sostener cierto lujo y boato merced á un capitalejo que había heredado, á los sueldos de una Compañía de seguros que le tenía por asesor y de dos gremios modestos, que sin embargo de serlo, le pagaban muy bien por tenerle por letrado.

Además de esto, en juicios de faltas, procedimientos civiles, expedientes contencioso administrativos y hasta procesos criminales, en todo cuanto le encomendaban ó él veía manera de que se le encargase, se ocupaba, y lo que es mejor, vencía y salía airoso.

Trabajaba mucho, es cierto, pero también se lo pagaban, si no espléndidamente, bastante regular, y reuniendo todo ello, podía permitirse el lujo de vivir en una casa donde pagaba veinticinco duros al mes, tener dos criadas y un criado, comer con algún refinamiento, acudir con su mujercita á los teatros, y en una palabra, vivir con cierto desahogo y tranquilidad hasta llegar á la meta que se había propuesto, porque Alberto haría oposiciones á abogado del Estado, se mezclaría en política y sería no sé cuántas cosas con que él soñaba.

Joven, inteligente, estudioso y con excelentes relaciones, ¿qué le faltaba para llegar adonde pensaba? Lo que le faltó: perseverancia, seriedad, algo muy complejo que no era sino la resultante de un único defecto, enorme, terrible, garrafal.

Alberto abusaba de la bebida, y él, el correcto y el activo en su estado normal, tornábase informal y negligente por el exceso de alcohol, del que en vano trataba de apartarle su amable compañera.

Por eso, sólo por eso, amenazaba derrumbarse aquella casa que hubiera podido ser ya palacio suntuoso.

Transcurrieron algunos años. Del matrimonio nacieron tres hijos; dos murieron, el otro vivía enfermo. Alberto había también enfermado del hígado, y su carácter, antes abierto, franco, expansivo y jovial, había tornado, como el de su mujer, en atrabiliario y bilioso.

De la casa semilujosa de veinticinco duros tuvieron que trasladarse á una de nueve; de los criados hubo que despedir á dos; muebles y cortinajes siguieron á las alhajas en su peregrinación al Monte de Piedad ó á las casas de préstamos, y se llegó hasta á reducir los gastos de alimentación.

Corriendo parejas con esta ola de estrechez, precursora de miseria, los clientes, que lo mismo en comercios que en bufetes suelen preciarse más del lujo y del exterior que del fondo ni de la calidad de la mercancía ó del servicio, huyeron en busca de despachos de mullida alfombra, portiers pesados y criados de frac; los negocios escasearon, concluyeron por faltar; los gremios y las Compañías de seguros nombraron otros abogados, y ni las oposiciones á los del Estado ni la política preocuparon para nada á Alberto, que impassible, frío y como idiota en su estado normal y airado y violento por nimios motivos cuando el alcohol enardecía su cerebro y alocaba su inteligencia, presenciaba la ruina que se acercaba.

El padre de María vivía aún, pero sus recursos no eran suficientes para salvar á Alberto de sus deudas ni de los compromisos contraídos en aquella terrible crisis de la que él, él solo, tenía la culpa.

«¡Si no quiere!..—pensaba María.—Aún podría arreglarlo todo.»

Por desgracia, el círculo en que Alberto se movía se fué estrechando más; los amigos ya no le escuchaban y él seguía bebiendo, como si en el vino encontrase alivio á sus penas ú olvidase los disgustos.

Llegó lo temido: ni aun los nueve duros de casa podían pagarse; los meses se habían acumulado terriblemente y llegó el desahucio.

Ya no había nada que empeñar ni que vender, ni

nadie á quien acudir. Alberto, más mareado que nunca, pues toda la noche la había pasado fuera de su casa libando desenfrenadamente cual si pretendiera ahogar en vino su desgracia, llegó muy temprano á su hogar la víspera del día en que el terrible desahucio iba á cumplirse. Aún dormían su mujer y su hijo. Tambaleándose acercóse al lecho. Besó con sus labios trémulos y violáceos á ambos, y murmurando más que diciendo estas palabras: «Acudid en seguida á casa del abuelo. Hasta luego,» se alejó dando traspiés.

Cuando María, dándose cuenta de la situación, se arrojó de la cama, Alberto había desaparecido.

Al cabo de unos diez años María trabajaba de modista y su hijo ganaba un modesto jornal de aprendiz.

Un día Alberto, que desde aquella mañana de la víspera del desahucio no había vuelto á saber de su esposa ni de su hijo, logró después de largas pesquisas encontrarlos.

Alberto volvía de América rico y aparentemente más joven de lo que estaba cuando se fué.

Reunido el matrimonio é instalado en lujosa mansión en una casa que próxima al Instituto compró Alberto para que su hijo pudiera terminar la segunda enseñanza, María daba diariamente gracias al cielo por aquello que aún le parecía un sueño tan inverosímil como que su esposo hubiera cambiado de modo de ser y aborreciese la bebida. No sabía ella á qué atribuir el cambio; su marido sólo la decía lo mucho que había trabajado y la fe con que se había propuesto, no sólo reconstituir su primitivo capital, sino centuplicarlo. María pensaba para sus adentros en ciertas conversaciones que otro tiempo tenía con el médico de la casa. Una tarde éste se presentó.

El anciano doctor, antiguo amigo de la casa, recordó la desgracia que en otro tiempo pesó sobre ella sólo por defecto de la bebida que había dominado hasta lo increíble á aquel hombre probo, trabajador y honrado. Al volver á estrechar, después de los años, la mano de Alberto, el médico temblaba de emoción. María, que presenciaba la visita, también.

—Gracias á Dios, doctor, le dijo Alberto dándole un golpecito en la espalda y abrazándole, estoy completamente curado.

El médico se acordó entonces de las súplicas y consejos que María le pidió en diversas ocasiones para hacer que su esposo se apartase del vicio que le dominaba, y con la mayor ingenuidad exclamó:

—Vaya, me alegro de que al fin se decidiese usted á tomar las inyecciones que yo le decía, según la receta del doctor Haltler.

—No recuerdo..., dijo Alberto.

—Entonces, ¿con cuáles, y permita le hable así, con cuáles ha logrado usted el remedio?

—Mire usted, doctor; respeto los adelantos que pueda tener una ciencia en la que soy profano; pero creo que los vicios del hombre se curan con otras inyecciones.

—¿Pero de qué..., de qué son?

—Son... de lo que yo me las daba todos los días en América y á las que debo mi fortuna y bienestar.

—Pero acabemos, exclamó el galeno impaciente. ¿Cuáles? ¿Cuáles?

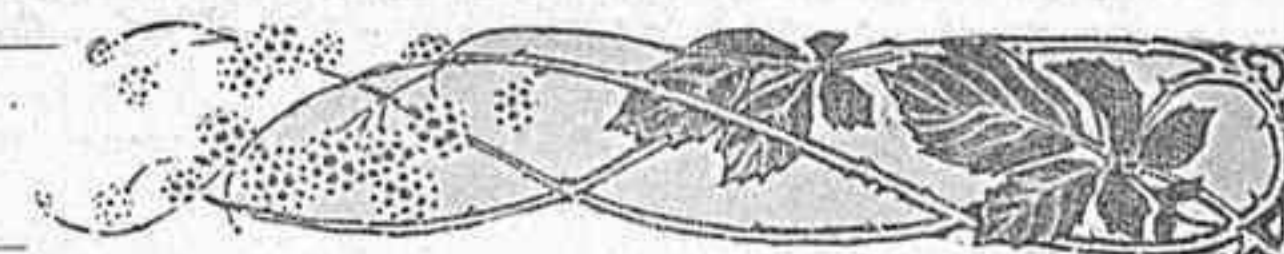
—Pues oiga usted, dijo Alberto volviéndose sonriente á su esposa. Con inyecciones de fuerza de voluntad con otro tanto de dominio de sí mismo.

P. GÓMEZ CANDELA.

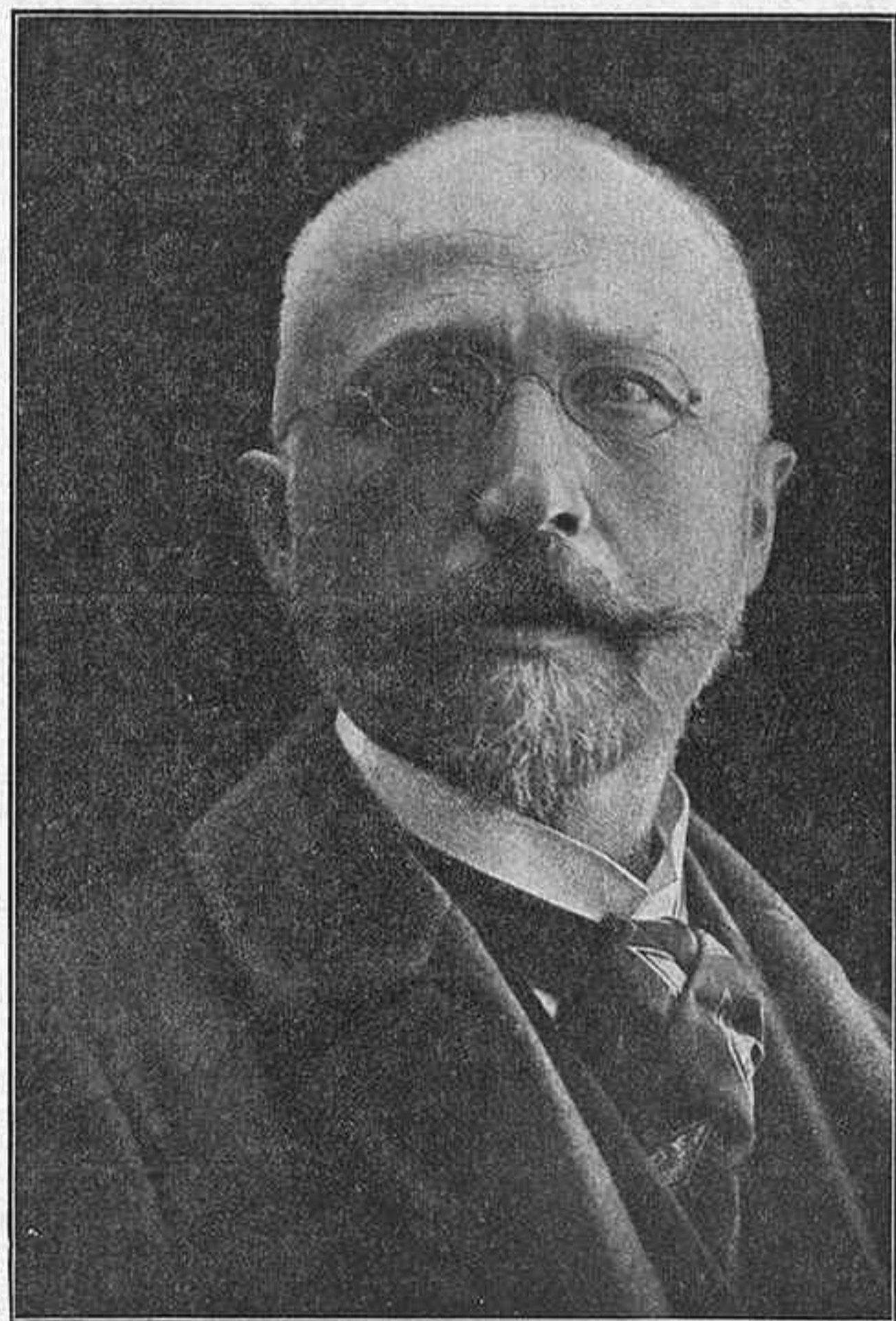
(Dibujo de Mas y Fondevila.)



## ENRIQUE ZÜGEL



En medio de la confusión que hoy día reina en materia de arte y de las contrapuestas tendencias que solicitan la actividad de los artistas, resulta consola-



El notable pintor alemán Enrique Zügel

dor encontrar una personalidad que, substrayéndose enteramente á una y á otras, avance impasible por el camino que se ha trazado, no despreciando las modernas conquistas de la revolución artística, sino aprovechando de ellas únicamente aquello que mejor se adapta á su individualidad.

Una de esas personalidades es la de Enrique Zügel que, á pesar de haber evolucionado al compás de los tiempos, se nos presenta siempre como un artista fiel á los amores que, desde el principio de su carrera supo la naturaleza inspirarle.

Nació Enrique Zügel en Murrhardt (Wurtemberg) en 1850. Hijo de un acomodado ganadero, gustábale desde muy niño, en los ratos que la escuela le dejaba

minados sus primeros estudios en las escuelas de su ciudad natal, pasó á perfeccionarse en el Instituto Suabio, en donde se distinguió por su habilidad en dibujar copiando modelos en yeso ó fotografías. Una pequeña pensión que le señaló un elevado protector facilitóle los medios para cultivar sus aficiones artísticas, y el éxito que sus trabajos alcanzaron en una exposición escolar animóle á proseguir en la senda

compensado su talento, vióse obligado en la capital de Baviera á ganarse el sustento al mismo tiempo que estudiaba. En aquella lucha pasó cuatro años, hasta que en 1873 obtuvo su primer triunfo que, por otra parte, había de ser para él más adelante causa de no pocos disgustos: su cuadro *El lavado de las ovejas* logró un éxito extraordinario en la Exposición Universal de Viena de aquel año y fué poco después



Rebaño de ovejas, cuadro de Enrique Zügel

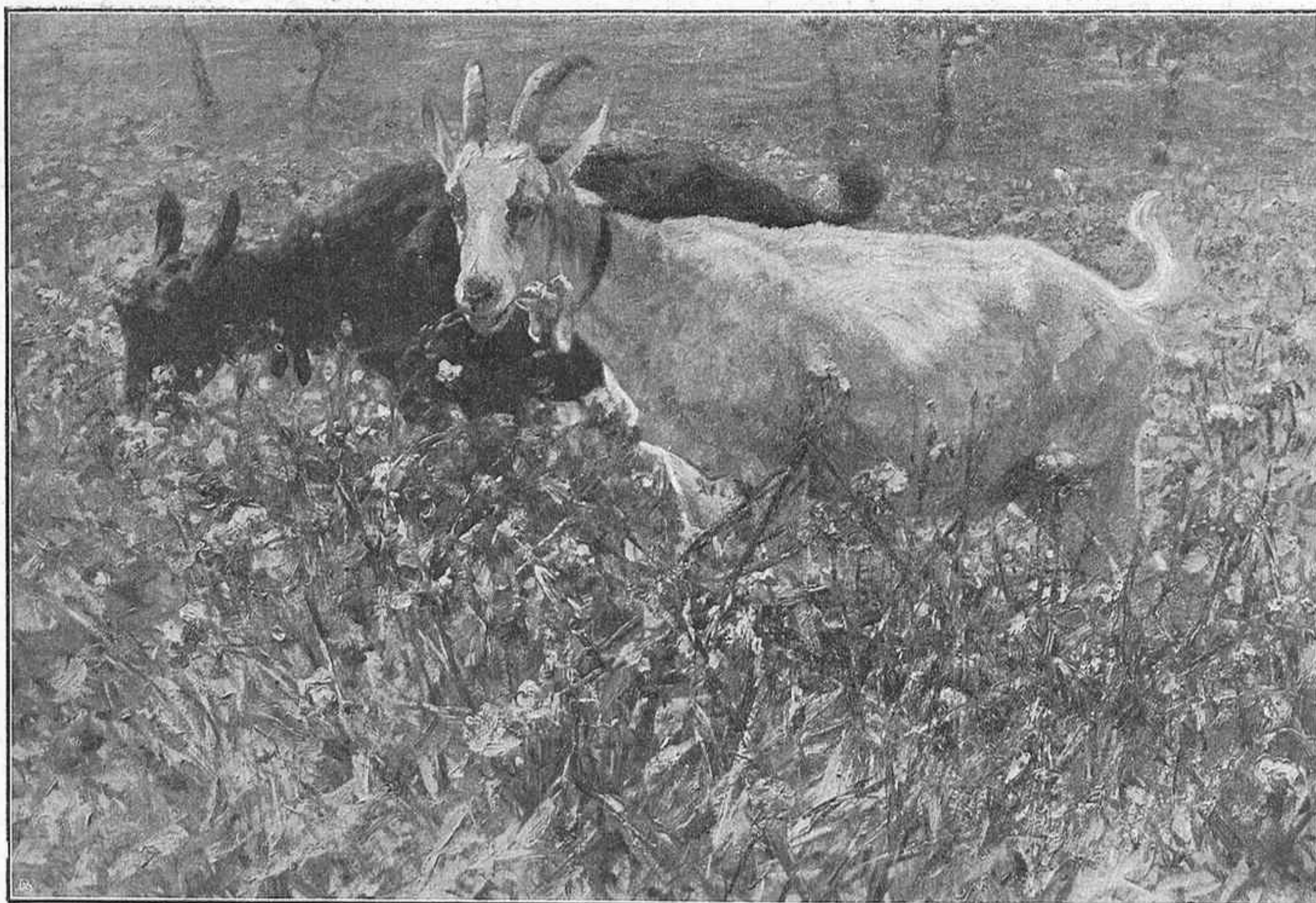
emprendida y á ingresar en la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart. Pero la enseñanza árida que allí recibiera tuvo pocos atractivos para aquel muchacho que entonces contaba diez y nueve años; así es que

adquirido por 10.000 marcos. Pero por una serie de circunstancias desgraciadas hubo de volver á comprar el lienzo que en tan buenas condiciones había vendido, lo que fué para Zügel un golpe terrible. Privado de todo recurso, atravesó entonces un período por demás difícil y al fin hubo de regresar á Murrhardt, en donde la necesidad le hizo abandonar el estudio de la naturaleza, que constituía su pasión, y dedicarse á la pintura de cuadros para los marchantes; pero hasta en esas obras insignificantes se admiraba el conocimiento íntimo de los animales, que constituían el tema único de tales lienzos.

En esos trabajos pasó algunos años sin poder entregarse á la realización de su principal afán, que consistía en pintar directamente la naturaleza. En 1877 envió algunos cuadros á la Exposición Internacional de Berlín, y en 1879 dos grandes lienzos á la de Munich; pero aquellas obras, en su concepto, no tenían valor alguno, y hoy, las que él mismo no ha destruido, las guarda tan sólo como apuntes para nuevas composiciones.

Cuatro años después, alcanzó su primer éxito con su cuadrillo *Bueyes arando*, que fué premiado con una segunda medalla en la Exposición Internacional de Munich y adquirido por un aficionado inglés. Desde entonces, la suerte le fué propicia: á la segunda medalla de 1883 sucedió la gran medalla de 1888, y con ella el nombramiento de profesor y la venta de algunas obras para los museos de Breslau y de Praga.

Contando ya con recursos suficientes, pudo al fin consagrarse al arte tal como él lo sentía, y realizó varios viajes á Austria, Francia, Bélgica y Holanda. Entonces nació el Zügel á quien hoy todo el mundo conoce y admira, el maestro de la luz, el pintor impresionista en el mejor sentido de la palabra; y en la nueva fase de su existencia artística, los conocimientos sólidos y las aptitudes positivas que ya poseía le preservaron de los peligros en que han sucumbido tantos adeptos á las nuevas escuelas. En 1891 le vemos en Dachau pintando del natural, entre otros, sus cuadros *Primavera* y *Día de marzo*, y poco después volvemos á encontrarle en su país natal; allí, en la



Machos cabrios, cuadro de Enrique Zügel

libre, apacentar las ovejas de su padre, y en aquellas plácidas horas en íntimo contacto con la naturaleza, entreteníase en observar los mansos animales y en dibujarlos en la pizarra ó modelarlos en el barro. Ter-

á los dos años trasladóse á Munich, en donde solo, sin maestros, se propuso completar su educación artística. Y como al abandonar la escuela de Stuttgart, perdió las pensiones con que el gobierno había re-

hacienda de sus padres, lejos del bullicio de las grandes ciudades, y dueño de un rebaño de ovejas que sólo le sirve para sus estudios pictóricos, trabaja sin descanso durante meses, trasladando a lienzos de gran tamaño las impresiones de su contacto inmediato con la naturaleza.

Entre las obras de aquel período merecen especial mención dos rebaños que actualmente figuran en las galerías de Königsberg y de Bremen, y unos bueyes arando, que fueron el *clou* de la exposición del Palacio de Cristal de Munich de 1893.

Pero sus cuadros, con ser tan excelentes, no se vendían, y una exhibición colectiva que organizó en Frankfurt fué para él un grandioso triunfo artístico, pero un éxito material muy mediano. Comenzaron, pues, nuevamente para Zügel las privaciones y los cuidados; pero su nombramiento de profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe puso término en 1894 á aquella situación difícil. De allí pasó á Munich, en donde puede decirse que empezó su verdadera actividad docente, que constituye uno de los más importantes aspectos de su personalidad artística.

En efecto, tanto como gran pintor es Zügel profesor eminente; profundo conocedor del corazón humano, y dotado de un carácter amable y bondadoso, ejerce una influencia poderosísima sobre sus discípulos, á quienes, más que como á tales, trata como compañeros y colaboradores que íntimamente unidos á él persiguen el mismo objeto, la verdad. Y

cuando el maestro ha logrado avanzar un paso en el difícil camino que conduce á ésta, tiende su mano al discípulo, le ayuda á salvar los obstáculos y peligros y no descansa hasta que endereza sus pasos por la senda segura.

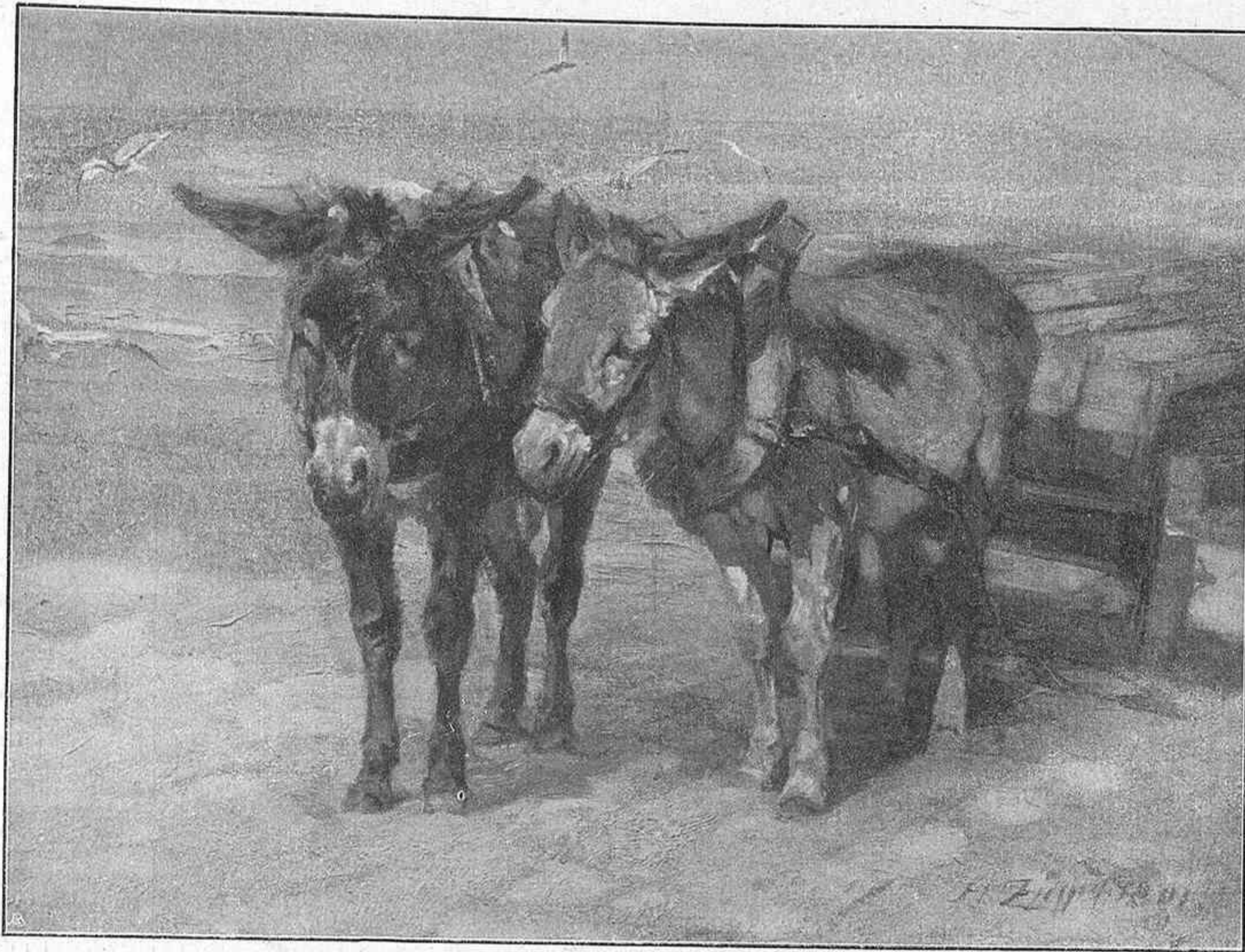
de sus discípulos son para éstos inolvidables enseñanzas y vigorosos estímulos. Todos los años, realiza con ellos interesantes excursiones de estudio, de las que obtiene los mejores resultados.

En 1900 visitó la Exposición Universal de París, en la que había expuesto dos magníficos lienzos, y allí tuvo ocasión de admirar sobre todo la sección retrospectiva de la pintura francesa, muchas de cuyas obras tan bien se avenían con su modo personal de concebir el arte.

Los grabados que en esta página y en la anterior reproducimos dan perfecta idea de la variedad de aspectos con que Zügel sabe presentarnos el tema, en el fondo siempre el mismo, de la vida de los animales de su predilección. Admirables son la forma y el color de sus ovejas, de sus cabras, de sus bueyes; pero aún es más admirable la maestría con que ahonda en su modo de ser psíquico, por decirlo así. Aquellos animales por él tratados dejan de ser elementos episódicos para convertirse en seres sorprendidos en la intimidad de su existencia, en partes integrantes de la naturaleza

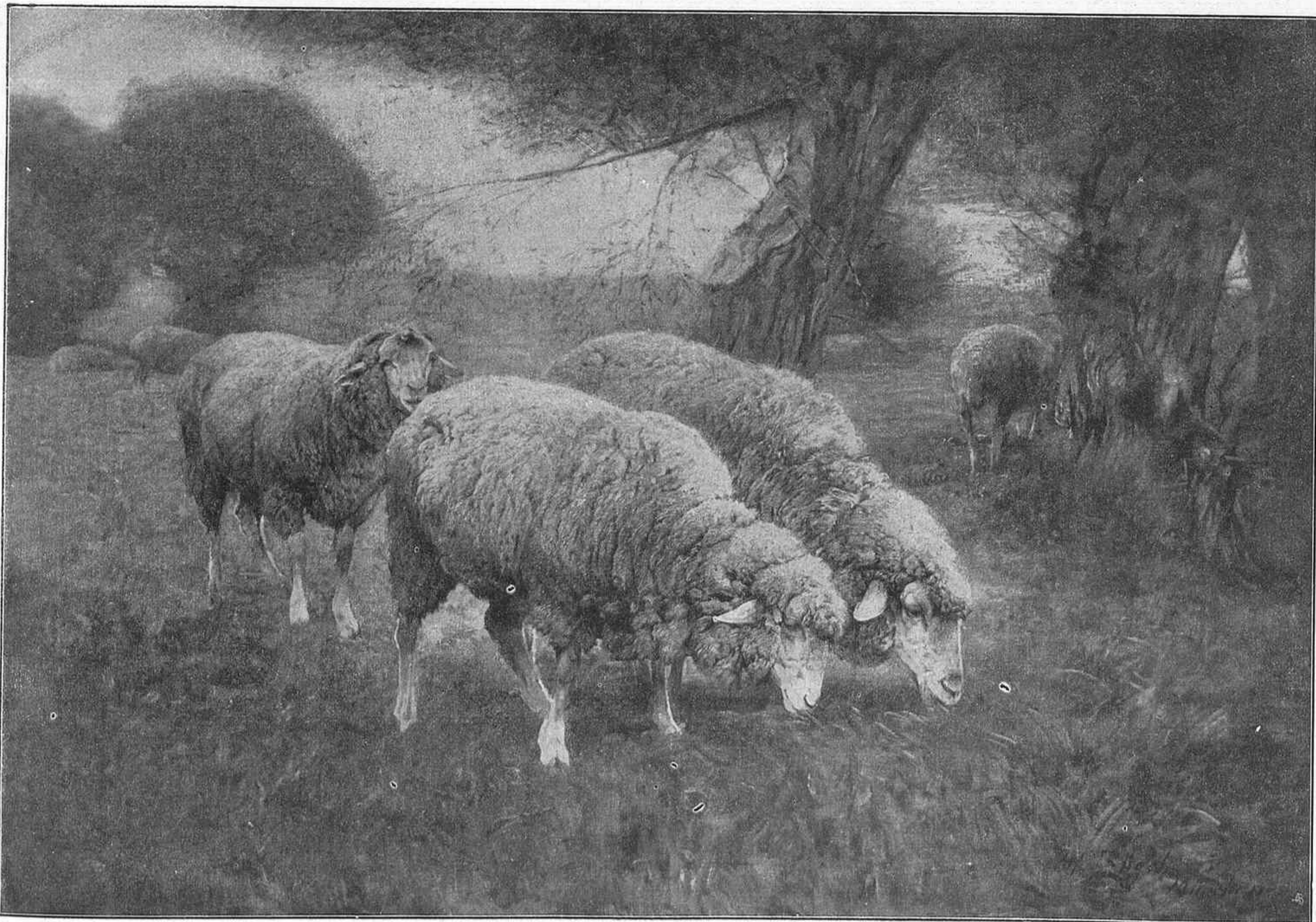
za que vive y trabaja, en colaboradores de la obra de renovación universal.

A pesar de sus treinta años de labor continua y dificultada en muchas ocasiones por graves contratiempos, Zügel se nos muestra hoy vigoroso, lleno de entusiasmo, y sus lienzos tienen toda la frescura, todos los encantos de la juventud. — S.



Compañeros de fatigas, cuadro de Enrique Zügel

Esos esfuerzos, esos cuidados, que traspasan con mucho los límites de lo que á un profesor á sueldo puede exigirse, han conquistado á Enrique Zügel la adhesión absoluta y la ilimitada confianza de los que reciben sus lecciones. Claro, preciso y diciendo mucho en pocas palabras, enseña en presencia de la naturaleza, y las correcciones que hace en los trabajos



El prado de las ovejas, cuadro de Enrique Zügel

## TÚNEZ. — ESCUELA DE HURÍES

En 1900 la Residencia francesa en Túnez concibió la idea de esa obra de educación á fin de que las jóvenes musulmanas tunecinas adquiriesen ciertos conocimientos elementales que hicieran menos sensible la diferencia entre la absoluta ignorancia de aquellas muchachas y la instrucción que en Europa reciben los que un día han de ser sus esposos. La escuela, en sus comienzos, llevó una existencia modesta, silenciosa, pues era necesario no herir las suspicacias musulmanas y evitar que pudiera creerse que se trataba de una labor de proselitismo ó de emancipación femenina, á cual fin se puso la nueva institución bajo la dependencia de la *Yemaa de los Habús*, consejo que administra las obras pías musulmanas, y al mismo tiempo que se enseñaban en ella la lectura, la escritura y la aritmética según los métodos franceses, se encargaba á dos sabios y ancianos islamitas la enseñanza del Alcorán, del árabe y de la moral musulmática. El resto del programa comprende los estudios superiores y además nociones de higiene y de economía doméstica y sobre todo labores de aguja, por las que sienten especial afición las jóvenes escolares. Gracias á esas medidas hábiles, la institución ha prosperado rápidamente y en el último curso el número de alumnas aumentó en un 100 por 100.

Esta escuela gratuita sólo la frecuentan las hijas de familias ricas, á quienes se divide en varias clases, según su edad, que varía entre seis y catorce años.

El personal docente lo constituyen los dos ancianos musulmanes, una directora y varias profesoras europeas.

La escuela hállase instalada en un lujoso palacio antiguo de un favorito del bey, y en ella no puede entrar ningún hombre, excepción hecha naturalmente de los dos profesores mencionados. — T.

## LAS INUNDACIONES EN CATALUÑA

La región catalana ha sido estos días víctima de terribles inundaciones; todas las provincias que la forman han visto crecer los ríos que las cruzan y que al desbordarse han causado incalculables daños: el Segre, en la de Lérida, comenzó á invadir las casas de la parte baja de la capital y ocasionó grandes desperfectos en la línea férrea de Lérida á Tarragona y muchos destrozos en las pobla-



Túnez.—La escuela de jóvenes musulmanas. Salida de las clases  
(De fotografía.)

ciones de Balaguer y Artesa; el Brugent, el Fluviá, el Ter y el Onyar, en la de Girona, perjudicaron considerablemente la cuenca del primero, Besalú, Olot y otros pueblos; el Ebro, en la de Tarragona, puso en grave peligro algunos barrios de Tortosa, y el Cardener y el Llobregat, en la de Barcelona, han originado verdaderas catástrofes, ante las cuales resultan pequeñas, aun no siéndolo, las desgracias de las otras provincias.

El llano del Llobregat, una de las comarcas agrícolas más ricas de España, ha sido totalmente inundado por las aguas de aquel río, que lo convirtieron en un lago, invadiendo los pueblos de Cornellá, San Juan Despí, Molins de Rey, San Vicente y Prat, y alcanzando en algunos la altura de dos metros, arrasaron los cultivos, arrastraron cantidades inmensas de frutos recolectados, infinidad de aves y otros animales domésticos y multitud de muebles y enseres y destruyeron varias fábricas y otros edificios.

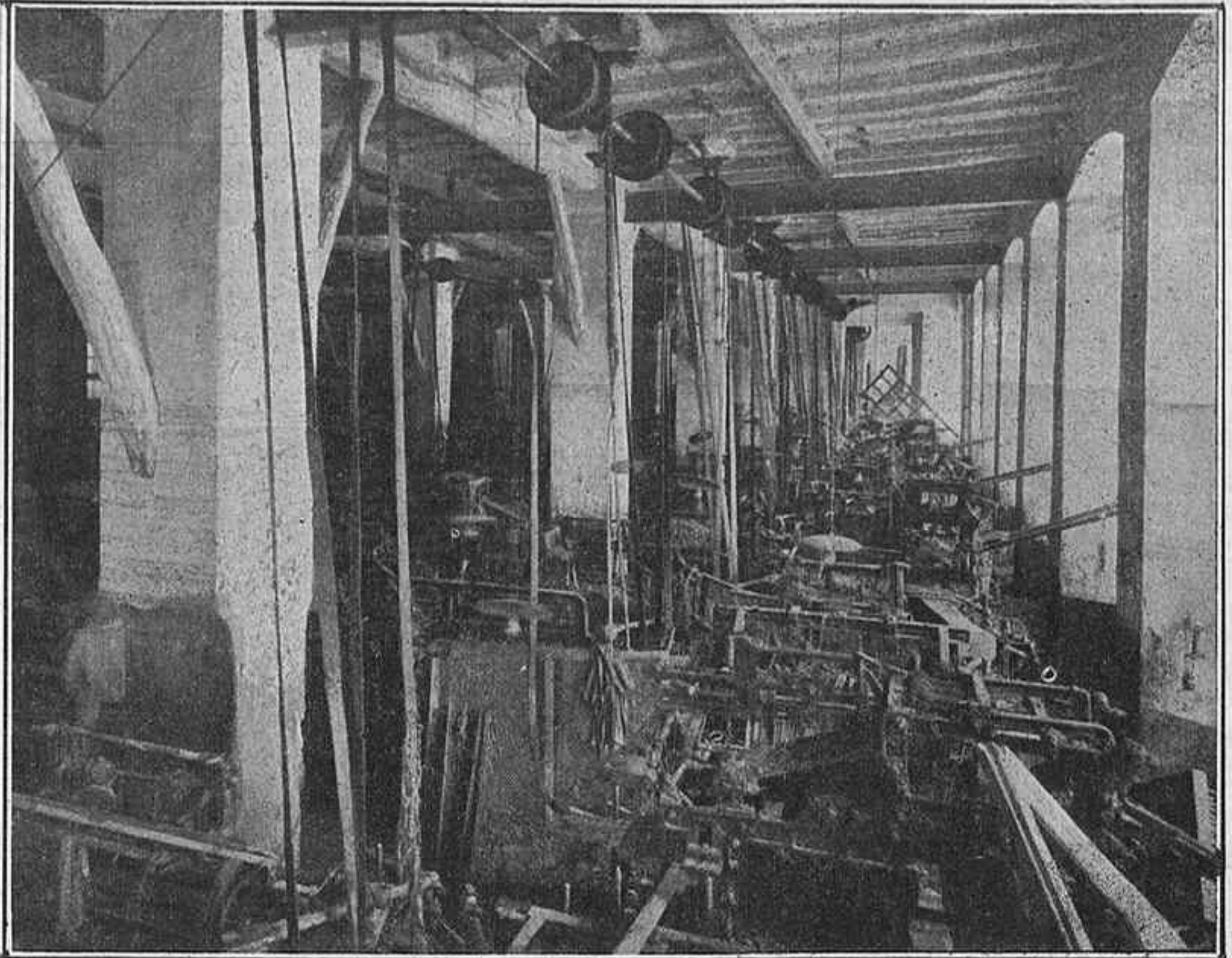
Pero en donde la inundación ha causado estragos verdaderamente espantosos ha sido en la cuenca del Cardener. En la ciudad de Manresa han quedado destruidas enteramente ó en gran parte más de veinte fábricas, entre ellas las del gas y de la electricidad, el puente y la estación del ferrocarril económico de Manresa á Berga, con gran número de vagones y locomotoras, y una pilastra del puente del ferrocarril del Norte. Las aguas además han destruido la maquinaria y las existencias de aquellas fábricas, arrastrando centenares de balas de algodón y millares de piezas elaboradas. Es imposible dar una lista de los edificios derruidos; las pérdidas se elevan á muchos millones de pesetas, y la reconstrucción y rehabilitación de las fábricas exigirá, aparte de cuantiosos capitales, algunos meses, durante los cuales quedarán sin trabajo y, por ende, en la miseria millares de obreros.

La población de Suria ha sufrido también destrozos y pérdidas enormes.

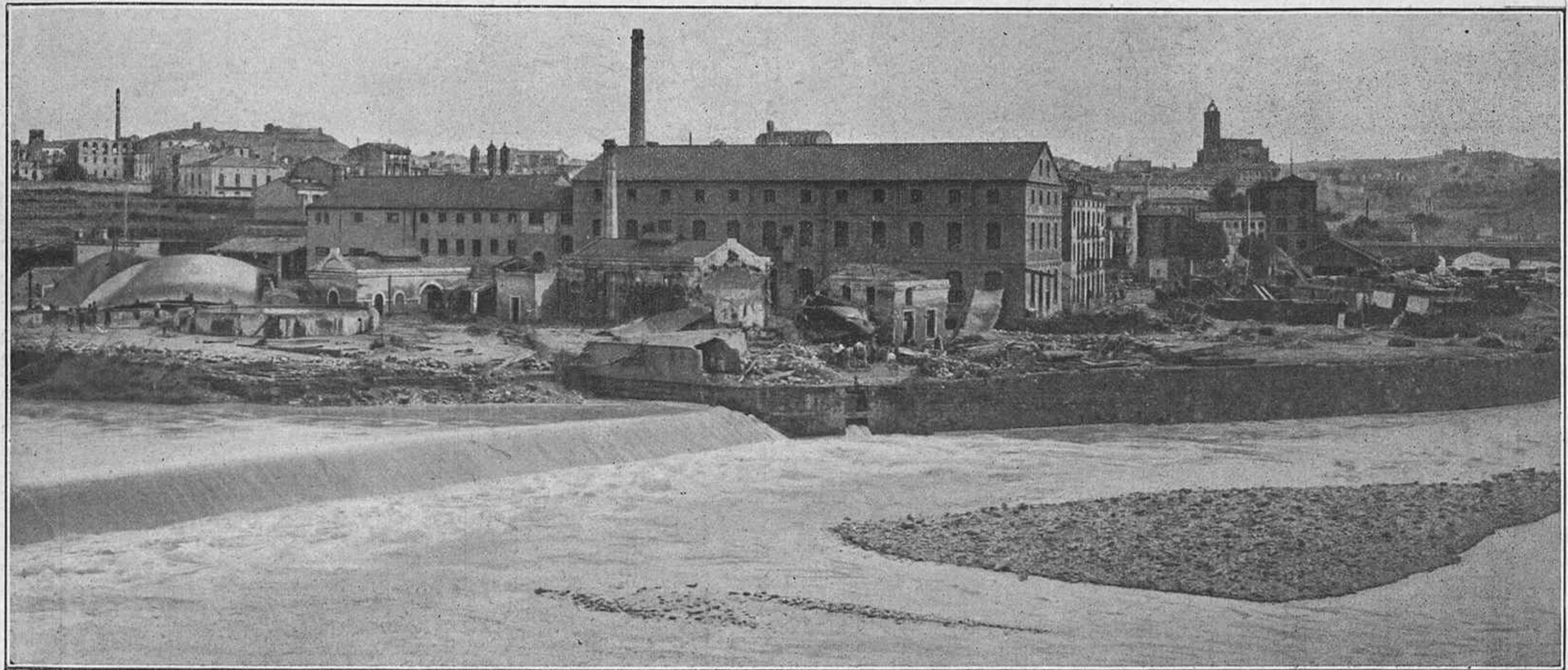
Es de esperar que quienes pueden y deben acudirán en socorro de los damnificados; la Diputación Provincial de Barcelona ha dado el ejemplo, votando cuantiosos recursos y adoptando acertadísimos acuerdos; justo es decir, sin embargo, que los mismos pueblos perjudicados, en vez de abandonarse al desaliento, se aperciben ya por su propia iniciativa y con sus energías propias á reparar, en la medida de lo posible, los efectos de la inmensa catástrofe. — P.



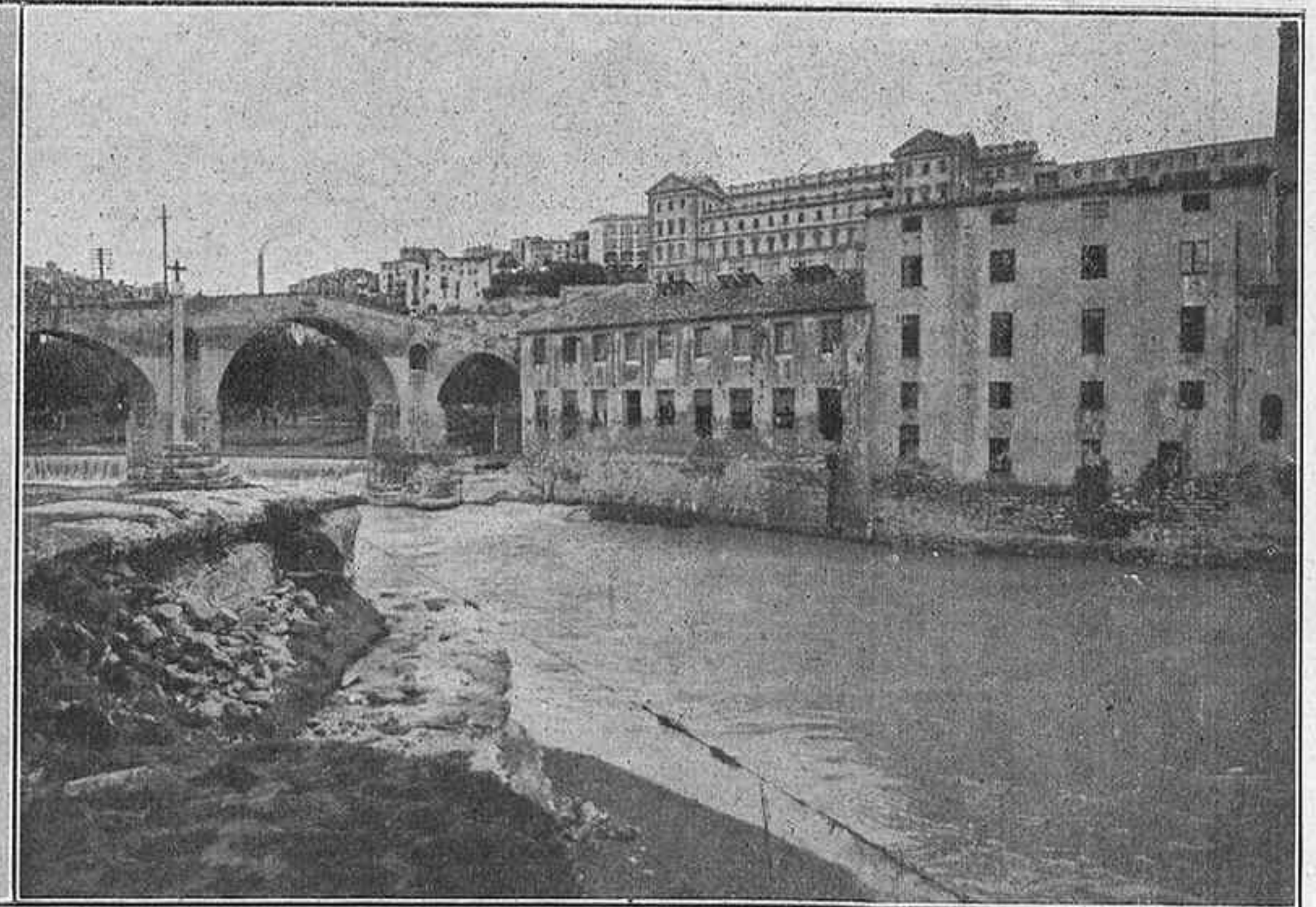
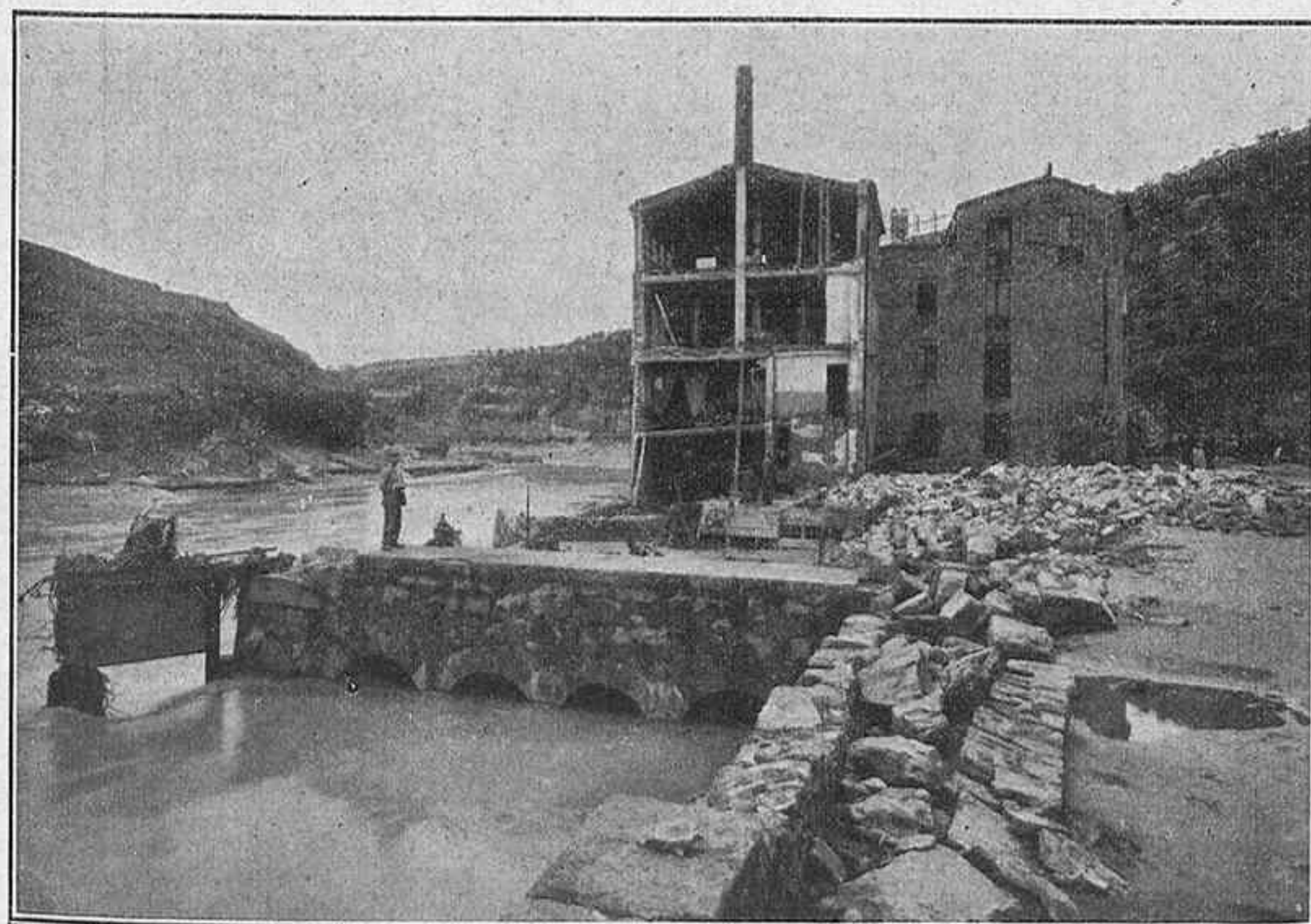
Túnez.—Las huríes en la escuela. Clase de mayores en la escuela de jóvenes musulmanas. Una lección de francés. (De fotografía.)



Vistas exterior é interior de la fábrica del Sr. Sitjes: el edificio quedó en gran parte arruinado y la maquinaria totalmente destruida y las existencias fueron arrastradas por las aguas del río Cardener



Fábrica del gas y estación del ferrocarril económico de Manresa á Berga.—En la fábrica del gas no hay rastro de las paredes y las calderas han quedado inservibles. En la estación del ferrocarril los rieles han sido arrancados y la mayor parte del material móvil ha sido destruido y arrastrado por las aguas.



Fábrica de tejidos de los Sres. Vives, Figueras y C.ª La inundación derribó algunas paredes del edificio y destruyó gran parte de la maquinaria.

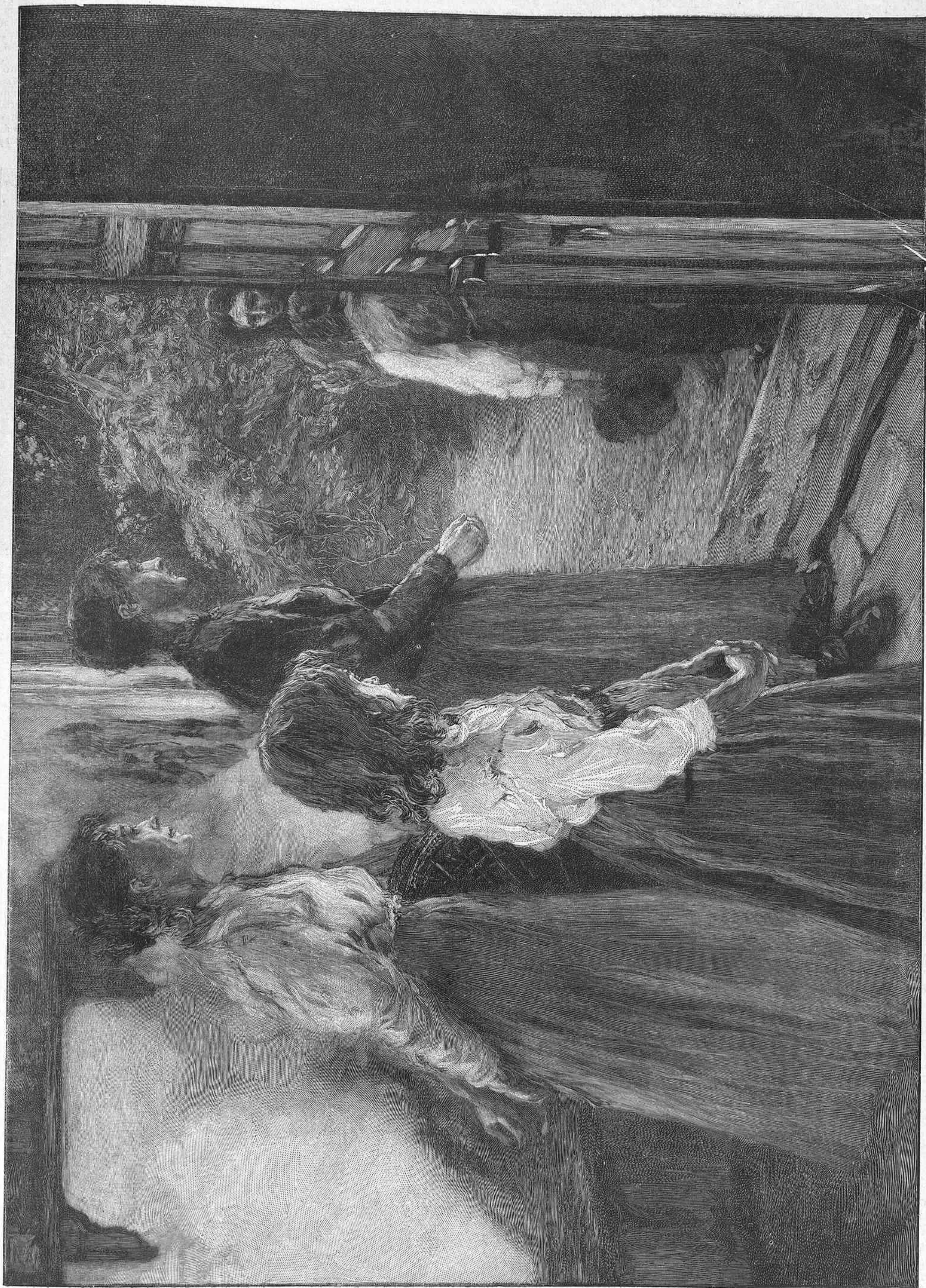
Fábrica de algodón del Pont Vell, que ha sufrido considerables destrozos; en la pared se ve la línea del nivel que alcanzó el agua del río.

LA INUNDACION DE MANRESA. (De fotografías de Alejandro Merletti.)



SOBRE EL HIELO dibujo de Daniel Urrabieta Vierge





SEÑOR, YO NO SOY DIGNO DE QUE ENTRÉIS EN MI CASA, cuadro de Federico Uhde

EUGENIO GIGOUT

Los conciertos que en el Palacio de Bellas Artes ha dado el maestro Gigout han sido dos grandes acontecimientos musicales. No podía esperarse otra cosa tratándose del célebre orga-



Barcelona.—El eminente organista Eugenio Gigout en el Palacio de Bellas Artes (De fotografía de A. Merletti.)

nista de la iglesia de San Agustín de París, á quien con justicia se considera como uno de los primeros organistas de Europa. Esta circunstancia y el grato recuerdo que de M. Guigout conservaban los filarmónicos barceloneses ha hecho que acudiera á los dos conciertos un público numeroso que pudo admirar una vez más al famoso concertista que como pocos domina el llamado con razón rey de los instrumentos y que interpreta de una manera incomparable las más hermosas creaciones de los compositores antiguos y modernos, como Bach, Schumann, Saint-Saens, Boellmann, Mendelssohn, Haendel y tantos otros. M. Gigout es además compositor eminente y las obras suyas que en Barcelona ha ejecutado son tan ricas en inspiración como magistrales desde el punto de vista técnico. La concurrencia que llenaba el Palacio de Bellas Artes ha tributado á M. Gigout entusiastas ovaciones.

tarse aquella estación término del ferrocarril de cremallera que, arrancando del pequeño Scheidegg, escala esa montaña clásica del Oberland. La atrevida línea férrea fué comenzada en 1.895, bajo la dirección del ingeniero Guyer Zeller, y en agosto de 1905 llegaba ya á la estación de Eismar, á 3.161 metros de altitud. Actualmente está terminada la vía hasta la garganta de la Jungfrau (3.420 metros); desde allí continuará hasta la altura de 4.075, punto en el cual un ascensor de 91 metros conducirá al pico de la montaña. Esta última sección es la más difícil de construir, pero gracias á los recursos de la ingeniería moderna y á la actividad y perseverancia con que se van llevando á cabo los trabajos, es de esperar que dentro de pocos años quedará enteramente concluída esa magna obra, que permitirá á los turistas contemplar uno de los más grandiosos espectáculos de la naturaleza.

LA INMIGRACION JAPONESA

EN LOS ESTADOS UNIDOS

(Véanse los grabados de la página 681.)

El problema de la inmigración japonesa está dando lugar á graves conflictos en muchas poblaciones de los Estados Unidos. El peligro amarillo no se presenta allí en son de guerra, sino en forma de penetración pacífica de una masa obrera, á la que los yanquis temen quizás más que á la invasión de un ejército, por la ruinosa competencia que los nipones han de hacerles en todo cuanto se refiere á la mano de obra. En algunas localidades han ocurrido con este motivo grandes disturbios, pero ni las disposiciones restrictivas de las autoridades, ni la persecución, ni las agresiones de que con frecuencia son objeto los inmigrantes bastan á impedir la inmigración. Los japoneses están perfectamente organizados, y en ciertas ciudades, por ejemplo, en Seattle, hay establecidas oficinas de colocaciones que facilitan obreros para toda la costa del Pacífico, y se publican periódicos de forma originalísima, como el que reproduce uno de nuestros grabados, en los cuales se insertan noticias del Japón y cuantos informes pueden interesar á los inmigrantes.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 688 y 689.)

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa, cuadro de Federico Uhde. — Los más famosos lienzos de ese eminente pintor alemán se inspiran en pasajes del Nuevo Testamento, si bien adaptados á la época actual y á las clases más humildes. Este procedimiento da mayor valor artístico á esos cuadros, puesto que, gracias á él, Uhde nos hace sentir con toda la intensidad de la realidad presente las admirables enseñanzas del Redentor, que por ser, además de divinas, eminentemente humanas, pueden aplicarse á todos los tiempos y á todas las razas.

Sobre el hielo, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. — Decir quién fué Daniel Urrabieta Vierge y elogiar su obra, sería in-



Ferrocarril de la Jungfrau (Suiza). Ingenieros en el pico más alto de la montaña, á 4.166 metros de altitud, en el sitio en donde terminará el ascensor que ha de construirse como complemento de la vía férrea de cremallera, que llegará hasta una altura de 4.075 metros. (De fotografía de Carlos Trampus.)

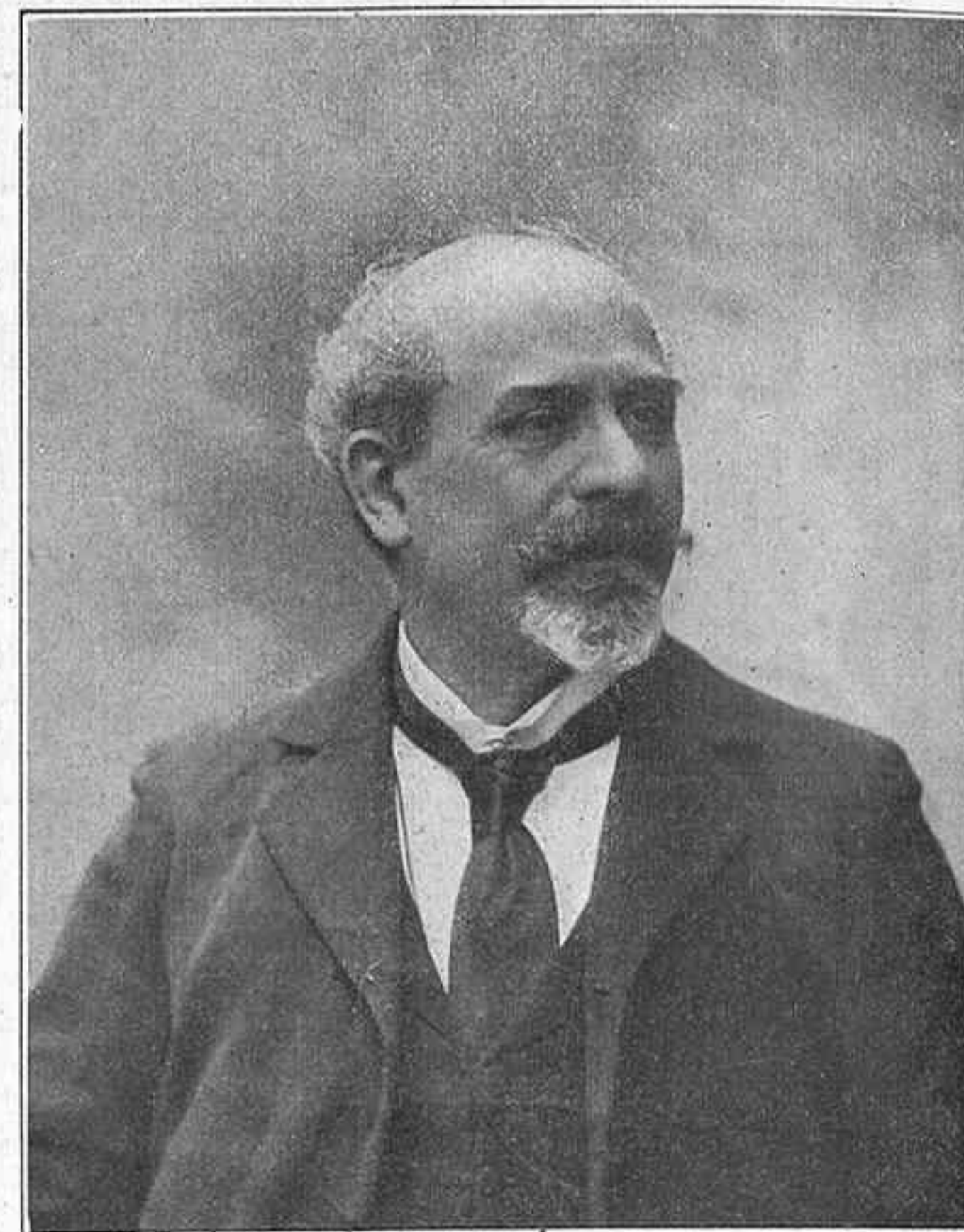
EL FERROCARRIL DE LA JUNGFRAU (SUIZA)

A fines de septiembre último, varios ingenieros suizos han efectuado la ascensión á la Jungfrau, la más famosa de las montañas suizas, llegando hasta el punto en donde se construirá la estación ferroviaria más alta del mundo. El objeto de esa expedición era examinar el estado de la nieve que cubre la cima del monte y determinar el sitio en que habrá de levanta-

currir en repeticiones de lo que otras veces hemos escrito en estas columnas, aparte de que la personalidad del ilustre dibujante es bastante conocida y admirada para que sea ocioso ocuparse nuevamente de ella. Los nombres consagrados por la fama llevan en sí mismos la biografía y la alabanza de los artistas que los han inmortalizado; el de Urrabieta Vierge puesto al pie de un dibujo significa más que cuantos juicios acerca de éste pudieran emitirse.

ROMUALDO MARENCO

El autor de la poética música del baile *Excelsior*, Romualdo Marengo, ha fallecido el día 9 de los corrientes en Milán, á la edad de 66 años. Nacido en Novi Ligure, estudió de joven el violín y fué después profesor y director de orquesta; en 1874 estrenó en Lodi *Lorenzino de Medici* y en 1880 en Milán *Moncada*, dos óperas que obtuvieron escaso éxito, lo propio que la opereta *Il diavolo in corpo*, que se representó en París en 1884. En cambio, sus bailes *Sieba*, *Excelsior*, *Amor*, *Sport* y *Rosa d' Amore* le compensaron sobradamente de aquellos fracasos, aunque no le produjeron los beneficios materiales que podía esperar de unos espectáculos que se representaron en los principales teatros del mundo y que enriquecieron á no pocos empresarios. Desde hace muchos años vivía en la mayor



El compositor italiano Romualdo Marengo, fallecido recientemente en Milán (De fotografía de Carlos Trampus.)

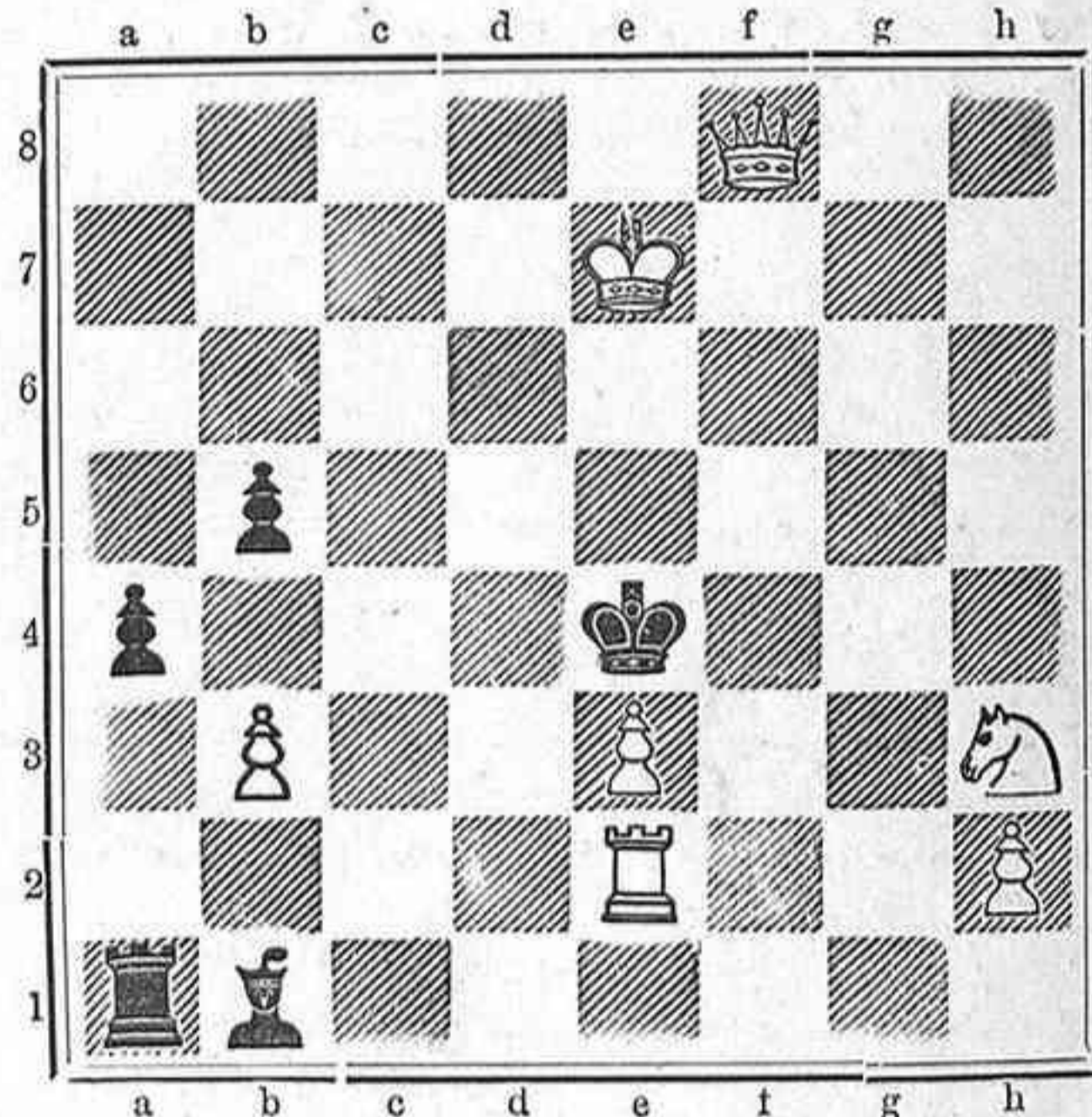
pobreza, y aunque en varias ocasiones intentó volver á componer, su inspiración hallábase agotada por el trabajo y el sufrimiento.

BOUQUET FARNESE VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 481, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

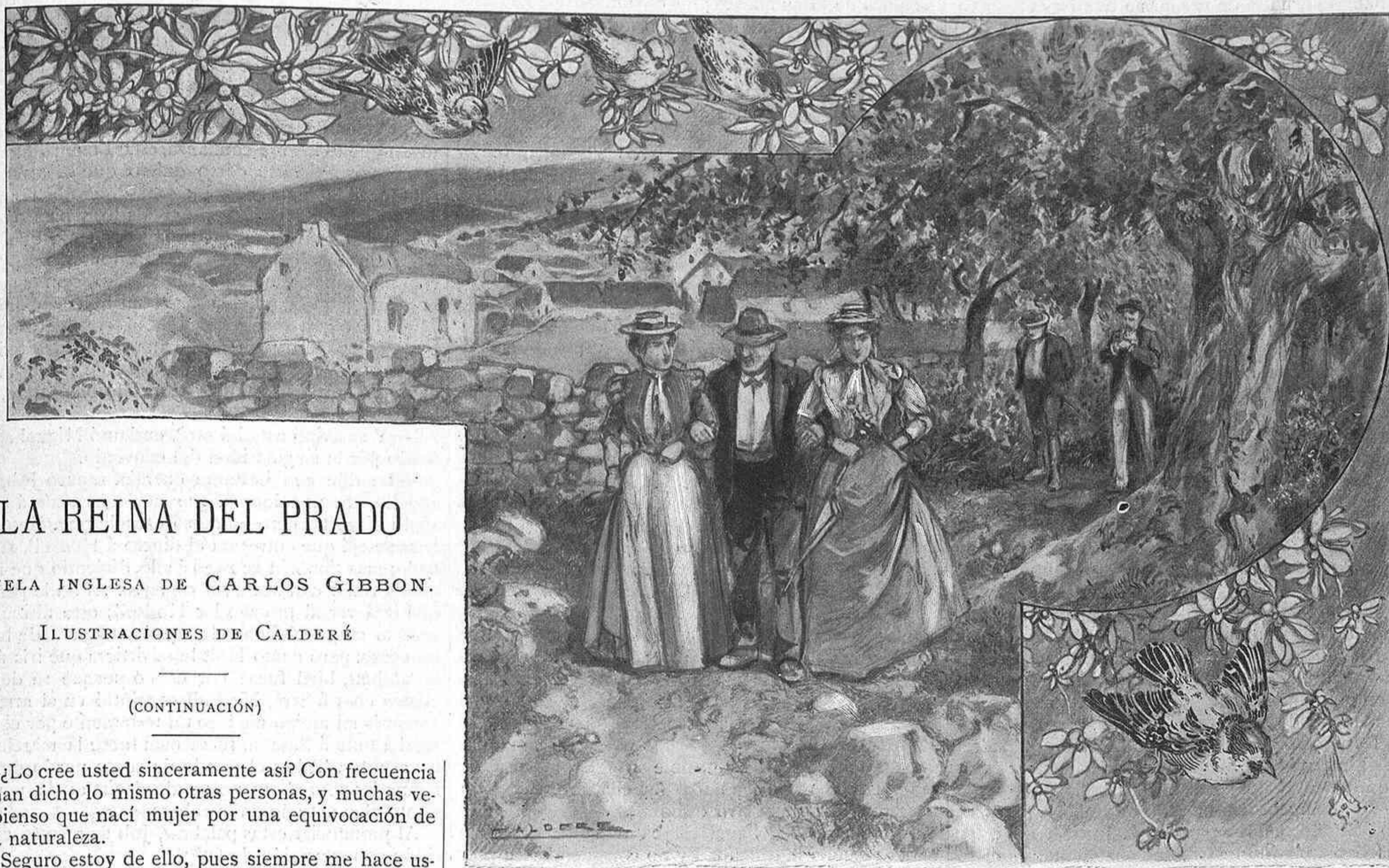
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 480, POR V. MARÍN

- |                 |                |
|-----------------|----------------|
| Blancas.        | Negras.        |
| 1. Dg2-h1       | 1. Tb1-a1      |
| 2. Rf3-g2       | 2. Cualquiera. |
| 3. Rg2-h3 mate. |                |

VARIANTES.

- 1..... Cc1-a2; 2. Tc3xc4 jaq., etc.  
 b5-b4; 2. Tc3xc4 jaq., etc.  
 Otra jug.ª; 2. Rf3-g2, etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM  
 Créé par VIOLET, 29, rue ITALIENS, PARIS.



## LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—¿Lo cree usted sinceramente así? Con frecuencia me han dicho lo mismo otras personas, y muchas veces pienso que nací mujer por una equivocación de de la naturaleza.

—Seguro estoy de ello, pues siempre me hace usted sentir que soy un ignorante, un hombre del todo inútil.

—Confiesa usted sus errores con mucha franqueza, y justo es reconocer que eso constituye siempre un mérito.

—Ciertamente; pero esto no se lo diría más que á usted.

—Muy bien; pero pongamos aquí punto y entremos para tomar el te; estoy verdaderamente inquieta por la enfermedad de ese pobre animal, y veo que Miguel no viene hoy.

Estas palabras fueron para Walton un aguijón que disminuyó su buen humor; pero entró en la casa é hizo cuanto le fué posible para divertir á las jóvenes, que en compañía suya pasaron la tarde muy entretenidas.

La señorita Holt prestaba á menudo atento oído, como si esperase la llegada de alguno; pero no perdió un momento el buen humor de que estaba poseída, y rióse francamente cuando alguna cosa le hacía gracia.

\* \* \*

Mientras sucedía esto que queda descrito en la granja del Prado, en todos los habitantes de la de Marshstead parecía reflejarse una sombra de tristeza.

Miguel había salido muy temprano para trasladarse á Londres con el primer tren, y era ya muy entrada la noche cuando regresó á su casa.

Este retraso era debido á que habíale sido necesario recorrer el camino á pie por no haber llegado á tiempo para tomar el último tren que debía conducirlo á Dunthorpe.

En el pueblo se había producido cierta agitación con motivo de una crisis financiera; las puertas del Banco de Stortford se habían cerrado á la una y media de la tarde del día anterior, y Miguel había efectuado su viaje á Londres en interés exclusivamente de Susana.

Job estaba fumando su pipa, con el jarro de cerveza á un lado.

—¿Qué hay, muchacho?, preguntó á Miguel al verle entrar. Bebe un trago, toma asiento y sepamos qué noticias traes. Ea, cuenta el resultado de tu excursión.

Hízolo así Miguel y sentóse cerca de su padre con todas las señales del hombre que está rendido de cansancio.

—Es una verdadera fortuna, dijo, que no tengamos colocado dinero alguno en el Banco del Condado.

—¿Por qué?

—Porque está en quiebra y nadie cobrará un céntimo.

Job andaba lentamente entre las dos jóvenes

Job, al oír esto, dejó caer su pipa, levantóse bruscamente y miró á su hijo con expresión de inmenso estupor.

—¡Dios mío, gritó, pues si esto que acabas de decirme es verdad, mi pobre sobrina está completamente arruinada!

XX

REFLEXIONES TARDÍAS

Nadie había pensado nunca ni remotamente en la posibilidad de que el Banco del Condado que tan sólido parecía pudiera quebrar; por eso fué indecible el asombro del joven Hazell al saber que aquel establecimiento había cerrado sus puertas, y á esto se debió su precipitado viaje á Londres. No imaginaba que el incidente era más serio de lo que le parecía y suficiente para perturbar la prosperidad de la granja del Prado y la de Marshstead; no ignoraba que él no podría perder mucho, pero inquietábanle los intereses pertenecientes á Susana, aunque no sabía á cuánto ascendía el capital que la joven tenía en el Banco.

Su padre se había mostrado en todas ocasiones muy reservado sobre este punto, y Miguel era demasiado buen hijo para no mostrar indiferencia por todo lo que no querían decirle.

Pero la exclamación de Job le hacía sospechar una calamidad mucho mayor de lo que él podía presumir; y sin atreverse á preguntar sobre el significado de aquella exclamación que le había sumido en un mar de dudas y de ansiedades permaneció silencioso é inmóvil en su silla, esperando á que su padre le interrogase.

Durante un rato, Job imitó á su hijo; mas fué el primero en recobrar el uso de la palabra. Con los codos apoyados en los brazos de su sillón, inclinóse hacia adelante, pero aunque evidentemente trataba de hablar alto y con energía, bajó tanto la voz, que Miguel se vió precisado á acercarse más á él para poder oírle.

—Vuelve á repetir tus palabras, muchacho, dijo, porque no he podido comprenderte; pareceme que tengo la cabeza trastornada y que todo da vueltas á mi alrededor. ¿Has dicho que el Banco del condado ha hecho quiebra? ¿Estás seguro de que esto es verdad?

Miguel contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, pero comenzaba á recobrase del

doloroso asombro que momentos antes había experimentado y la expresión de su rostro era ya más tranquila.

\* \* \*

Job sacó del bolsillo el pañuelo para enjugar el sudor que inundaba su frente, y empeñábase en creer que había interpretado mal las palabras que acababa de pronunciar su hijo y que seguramente éste incuriría en algún error.

Recordaba que algunas casas de banca, á las cuales se consideraba como muy dignas de confianza, habían quebrado solamente á consecuencia de falsos rumores; Miguel podía haber sido engañado como tantos otros lo fueron, y tal vez consideraba como una quiebra desastrosa y definitiva lo que no era más que un pasajero apuro.

—No puedes estar seguro desde luego de semejante cosa, dijo á Miguel. Cuando un Banco cierra sus puertas, siempre se hace mucho ruido y se propagan falsas noticias, que á veces no tienen fundamento, y estoy por decir que lo que ahora me cuentas del Banco del Condado no tendrá al fin y al cabo importancia alguna...

—No, interrumpió Miguel levantándose, he visto á Patchett en Londres; sé que ha tomado informes, tratando después de sacar del Banco algún dinero de sus clientes; y él es quien me ha dicho que nadie cobrará un cuarto. De modo que la cosa desgraciadamente es cierta.

\* \* \*

Patchett era el procurador del pueblo, y Job le conocía como uno de los hombres más listos y sagaces de su profesión; no podía, pues, poner en duda la verdad de la noticia.

—¡Dios mío, exclamó levantando los brazos y con acento desesperado; la pobre Susana lo ha perdido todo!

—¿Pero cómo puede ser eso?

—¡Todo es culpa mía, sí, culpa mía exclusivamente! ¡Qué desdicha!

—¡Que toda la culpa es de usted! No acierto á acomprenderle, repuso Miguel cada vez más asombrado de lo que oía.

—Sí, mía; no debí dejar todos los fondos en una misma casa..., esta es la verdad; y al hacerlo pequé de falta de sentido común, pero yo no podía prever

semejante cosa. De todos modos, fué una locura y debí haberlo echado de ver más á tiempo.

—Quisiera que me dijese usted, padre mío, dijo Miguel, cómo puede usted atribuirse la culpa de semejante desgracia.

—Por ahora es necesario que me dejes reposar algunos minutos, porque apenas puedo hablar en este momento; coordinaré mis ideas y después lo sabrás todo.

Miguel no quiso preguntar más á Job, pues acataba la autoridad paternal, respetándola como pocos, y habíase acostumbrado á obedecer sin murmurar, aun en los casos de duda. Los padres de hoy día no están acostumbrados á ese proceder, porque sus hijos creen siempre saber más que ellos é igualarles en experiencia.

Para complacer á Job, Miguel salió á dar una vuelta por el campo, deseoso de entregarse á sus reflexiones tranquilamente en la soledad; su perro le siguió, saltando á su alrededor y acariciándole; mas el joven comenzó su solitario paseo sin fijarse en las demostraciones del fiel animal. Las gotas de rocío que cubrían la hierba, iluminadas en aquel momento por la luz de la luna, brillaban como diamantes; el cielo, azulado y sereno, ostentaba sus refulgentes estrellas; de vez en cuando oíase el canto de alguna rana, que al oír el rumor de los pasos precipitábase en un arroyo; y el profundo silencio invitaba á la meditación.

¿Cómo podría Miguel salvar á Susana, ó prestarla siquiera un eficaz auxilio? Estas eran las preguntas que se repetía, sin encontrar respuesta satisfactoria. Su amor era tan grande, que lo hubiera sacrificado todo en el mundo para preservar á la joven de las consecuencias de semejante desgracia; mas por otra parte, las palabras que había pronunciado su padre, y que él interpretaba literalmente, inducíanle á creer que todo cuanto ellos poseían debía ser entregado á Susana en compensación de lo que hubiese perdido. Sin embargo, hacía á su padre la justicia de creer que no había obrado mal intencionalmente; y por lo tanto, la misma Susana sería la primera en rehusar cuando Job se presentase para decirla: «Hemos perdido tu fortuna; toma la nuestra.»

Un medio había para resolver la dificultad, y reducíase á que le aceptara como esposo; pero ¿consentiría en ello? Por el pronto no se debía pensar en semejante cosa. Job le había hablado de su visita á la joven y de la llegada de Walton, á quien despediera tan bruscamente; y declaróle que Susana estaba muy dispuesta á dar el sí, para lo cual bastaba solamente que Miguel tuviera un poco de valor. Pero Miguel se disgustó al saber esto, porque no quería un consentimiento que no fuese espontáneo, y por lo mismo no habló más del asunto á Susana, quien se manifestaba decidida al ver que no hacía ninguna alusión á la indiscreta insistencia de su padre.

El paseo y el aire fresco aliviaron mucho á Miguel; poco á poco recobraba la calma, y cuando volvía hacia su casa tenía ya trazado el plan de conducta que en su concepto se debía observar. De pronto se detuvo, y sus miradas se fijaron en el camino que conducía á la granja del Prado... Hubiera querido ir allí para ver á Susana feliz una vez más antes de que tuviera conocimiento de su desgracia, para verla sonreír siquiera un momento; pero limitóse á suspirar tristemente y prosiguió su camino hacia la casa.

Pero ¿sería indispensable que Susana supiese lo ocurrido? ¿No habría medio de ocultárselo, á fin de evitarla tan doloroso golpe?

Entregado á esta última reflexión, Miguel llegó al fin á la granja, recorrió sus diversas dependencias para asegurarse de que todo estaba en orden y las puertas cerradas, y después entró en la habitación donde había dejado á su padre.

Todo estaba oscuro, pues Job no se había cuidado de encender la luz, pero Miguel le vió sentado aún donde le dejara; el anciano, inclinado hacia adelante, tenía los codos apoyados en las rodillas, en una mano un fósforo y en la otra su pipa, llena de tabaco, pero sin encender. Hubiérase dicho que se había detenido de pronto en el momento de aplicar la luz, olvidando después lo que trataba de hacer, como persona que ha sufrido de repente un ataque epiléptico. Mala señal era que Job se olvidase de encender su pipa, pues durante muchos años ésta le calmaba en sus momentos de cólera y servíale de consuelo en sus horas de tristeza.

Al entrar su hijo no se movió ni habló; é inquieto Miguel por este silencio, encendió al punto la luz. Job cerró los ojos un instante, como si el resplandor le ofendiera, y dejando escapar un hondo suspiro, encendió al fin la pipa, no sin gastar antes cinco ó seis fósforos, porque todos se le apagaban.

—Parece que está usted indispuerto, padre mío, dijo Miguel con dulzura. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No podrías esperar que estuviese muy bueno después de lo que acabas de comunicarme, contestó Job. Será preciso que me lo digas otra vez; esto es lo único que ahora puedes hacer por mí, porque aún me parece no haber comprendido bien. ¿Dijiste que el caso era desesperado?

—Sí, padre, completamente; pero mejor será que no hablemos más del asunto esta noche. Cuando usted esté más tranquilo podremos reflexionar mejor sobre lo que se ha de hacer, y además yo tendré informes más exactos mañana á primera hora.

—¿Y crees tú, replicó Job, que yo podré dormir antes de saber á qué debo atenerme en realidad? Bien veo ahora que nadie debe encargarse de los asuntos de los demás. Si uno pierde sus intereses, cierto que es muy sensible, pero á nadie ha de censurar más que á sí propio; mientras que es muy diferente hacerse responsable de las pérdidas de los demás. ¡Vamos!.. Refiéreme todos los detalles otra vez.

Miguel, tan contristado por el extraño cambio que notaba en su padre, como por las desgracias de Susana, repitió todo cuanto sabía sobre la quiebra del Banco. Apenas había circulado el más leve rumor que indicase su insolvencia; en los diversos distritos donde tenía sucursales habíanse hecho numerosas operaciones hacía largo tiempo; y apenas dos meses antes de la quiebra, los directores habían repartido un dividendo muy satisfactorio entre los accionistas.

—¿Qué haremos por ella?, exclamó Job después de una pausa.

Miguel vió el momento oportuno de dar á conocer su plan; no sabía hasta qué punto su padre era responsable de la desgracia, ni tampoco qué le correspondería á él perder; solamente pensaba en salvar á Susana, y propuso lo que le parecía factible.

—No hay más medio, querido padre, dijo, que dar cuanto tenemos, si es posible arreglar la cosa de modo que ella no sepa nada. Así ella no padecería y nosotros podríamos vivir tranquilos.

Al decir esto, Miguel estaba radiante; parecíale haber resuelto la dificultad y no consideraba su proposición como una locura. Si su padre era en cierto modo responsable de la pérdida, se debía resarcir de ella á Susana. Sin embargo, no se le ocultaba que ésta rehusaría toda restitución en el caso de que llegase á saber la quiebra del Banco; y he aquí por qué deseaba que todo se hiciera sin darle la menor noticia de lo ocurrido.

Pero Job no consideraba las cosas desde el mismo punto de vista; quería ciertamente ser razonable y vivir con la conciencia tranquila, sin arrepentirse de ninguno de sus actos, ni exponerse á las censuras de nadie; mas al mismo tiempo, la experiencia de los años sugeríale muchas razones para moderar el primer impulso, aplazando algún tiempo toda medida que en el entusiasmo de la juventud le hubiera parecido imperiosa sin dilaciones de ninguna especie. Miguel tenía la edad y el amor que disponen á consumir un sacrificio; pero Job contaba con la experiencia del tiempo, y éste le aconsejaba no entregar de una vez todos los bienes por él acumulados.

—Se me puede censurar, dijo, pero solamente por haberme conformado con la manera de pensar del padre de Susana; el plan que él se propuso, y sobre el cual me consultó, era una locura; y todo lo que yo hice malo se redujo á no oponerme, como hubiera debido hacerlo.

—Estaba seguro de ello, padre, dijo Miguel muy aliviado al oír estas palabras, aunque no dudaba que Job había obrado siempre con las mejores intenciones. Pero dígame usted, añadió, cómo fué eso.

—Pues muy sencillo, como vas á ver. Mi amigo Holt tenía ya bastante edad cuando se casó, y Susana fué su única hija. Hombre de carácter algo extravagante, comenzó á tener más rarezas cuando murió su mujer, que dicho sea de paso, era muy hermosa... Seguramente tú no te acuerdas ya de ella; Holt renegó de su mala suerte, y no se explicaba por qué la Providencia le sometía á semejante tribulación...

Job se interrumpió durante un momento, como si se perdiera en los recuerdos del pasado, olvidando lo que se proponía decir.

—Y bien, preguntó Miguel, ¿qué fué del dinero?

—A esto voy, contestó Job. Mi amigo tuvo el presentimiento de que le restaba muy poca vida; vió que Susana crecía tan hermosa como ahora es, y comenzó á pensar día y noche sobre su porvenir. Tenía una respetable cantidad en metálico para su dote, y esto, unido á sus prendas personales, debía asegurar su suerte si no caía en malas manos cuando él dejara de existir. En su consecuencia, cierto día me dijo: «Hemos sido buenos amigos hace mucho tiempo, Job, y hasta creo que podría decir hermanos.—Es muy cierto, contesté yo.—Pues ahora voy á demostrarte, repuso, que tengo la mayor confianza en ti, dándote un encargo para cuando yo falte. Necesito

que seas un padre para Susana.—Ya lo habría sido sin que me lo recomendases, suponiendo que tú emprendas el largo viaje antes que yo.—Lo creo así, Job; pero aún tengo que decirte otra cosa. A mí me agrada mucho tu hijo Miguel, y si el chico y la muchacha se crían juntos, quiero que se casen. Podrá suceder, sin embargo, que ella no le quiera, y que fije su elección en otro; en tal caso, si este otro es un joven que te inspire confianza, estará bien; de lo contrario, voy á decirte cómo quiero que se arregle el asunto. Más de la mitad de mi dinero le tengo en acciones del Banco de este condado, y pienso legármelo todo...—¡Cómo!, interrumpí creyendo que se le trastornaba la cabeza.—Espera un momento, dijo; esto no es más que con el objeto de asegurar más el porvenir para la muchacha. Si mi hija se casa con Miguel ó algún otro joven que tú consideres como buen compañero para ella, entonces le das todo el dinero; pero si el hombre que ella elija no te parece digno, lo entregarás todo, enténdelo bien, todo, á tu hijo Miguel.»

—¿Y se avino usted á eso?, exclamó Miguel asombrado por la singularidad del convenio.

—Le dije con bastante energía, repuso Job, que aquello era una locura, que nos acarrearía á todos algún disgusto; pero no quiso escucharme. Entonces le aconsejé que entregara el dinero á Hodsoll, su cuñado; mas también se negó á ello, diciendo que nada quería tratar con hombres de leyes. Al fin le persuadí á ir á ver al procurador Hodsoll; este último no pareció muy satisfecho de aquella manera de hacer las cosas; pero como Holt le advirtiera que iría á ver á Patchett, bien fuese por esto ó porque se dejaba alguna cosa á Sara, Hodsoll consintió en el arreglo. Después mi amigo me hizo un testamento por el cual legaba todo á Susana, fuera cual fuese la marcha de los asuntos. Tal es el estado de cosas por lo que yo recuerdo; pero ahora no puedo decirte más, porque siento algo extraño en la cabeza.

Al pronunciar estas palabras, Job se recostó en su sillón con expresión de fatiga.

—¿Y conoce Susana ese convenio tan injusto?, preguntó Miguel.

—No; solamente sabe que debe esperar algo de mí.

El joven permaneció silencioso largo tiempo, y después, como hombre á quien alivian de un peso, dijo tranquilamente:

—¡A Dios gracias, creo que podemos salvar á Susana!

## XXI

## DÍA DE MERCADO

En Dunthorpe se había reunido más gente que de costumbre, que invadía toda la calle Alta y las principales posadas, con motivo de ser día de mercado. Los escaparates de las tiendas estaban más resplandecientes que de costumbre, y ostentábanse en ellos los géneros y artículos de más atractivo.

Pero aquel día no se realizaban en Dunthorpe tantos beneficios como otras veces; el exceso de gente debíase más bien á la quiebra del Banco, pues muchos de los labradores del distrito perdían su dinero, y otros se interesaban por sus amigos. Los bajos precios del heno y del ganado apenas llamaron la atención, dominando sobre todo la curiosidad por saber quién se había arruinado, y quién se hallaba en posición de resistir.

Veíanse muchas caras en que se pintaba la angustia, y otras que expresaban una complaciente simpatía. Los que nada habían perdido, congratulábanse de no haber depositado fondos en el Banco, y compadeciéndose de los que habían sufrido algún descalabro, alejábanse pronto del mercado, sin duda por no verse en compromiso si se les hacía alguna petición, lo cual era un prudente egoísmo de su parte. Algunos, sin embargo, aceptando el riesgo, salvaron á algún amigo de la ruina; mas por desgracia fueron muy pocos, y los más limitáronse á participar del sentimiento que inspiraba la desgracia de sus vecinos. Los más felices allí eran los jornaleros, los pastores, los dependientes y las mozas del pueblo, para quienes aquel día era de fiesta. No tenían acciones en el Banco, ni animales enfermos en sus ganados, ni cosa alguna que les diera el menor cuidado, y no debían pensar más que en divertirse. Enfrente de la posada de la *Oca Gris* habíase improvisado un baile al aire libre, y veíanse allí varias mesas completamente ocupadas de curiosos que apuraban sendos vasos de cerveza, recreándose al mismo tiempo en el espectáculo que se ofrecía á su vista.

Susana y Sara, que habían ido al mercado, supieron pronto por algunos amigos los misteriosos rumores que circulaban sobre Job Hazell, de quien se decía que acababa de sufrir una pérdida considerable

por la quiebra del Banco; que se había visto obligado á guardar cama á consecuencia de ello, y que probablemente no se recobraría del golpe. Aquella era la primera vez que Job dejaba de asistir al mercado, y su ausencia dió origen á las más alarmantes noticias sobre su enfermedad.

Mientras Sara entregaba á sus acostumbrados parroquianos los artículos que había llevado para la venta, Susana buscó ansiosa á Miguel para informarse si tenían algo de cierto los rumores que circulaban; pero no lo encontró, y entonces dióle mucho que pensar la ausencia del padre y del hijo. Sin embargo, tuvo la suerte de hallar en cambio á un tal Tyler, dueño de la granja de Brook, que con sus noticias desvaneció la inquietud de la joven. Aseguróla haber visto aquella misma mañana á Job, y dijo que si bien éste parecía un poco cabizbajo, no observó en él nada que pudiese llamar la atención. En cuanto al hijo, había ido otra vez á Londres para evacuar algunas diligencias relativas al Banco.

—Mal golpe es para ellos, dijo Tyler, pero no tanto como para otros muchos. Hazell era demasiado previsor para colocar todos sus fondos en una misma casa; y aunque perdiese mucho, somos al menos una docena que estamos dispuestos á prestarle auxilio, á él y á su hijo. Sin duda sufrirán, pero seguramente les facilitaremos el medio para salir del apuro.

—Me alegro mucho que así sea, contestó Susana con expresión de contento, pues á juzgar por las cosas que acabo de oír, debí creer que estaban completamente arruinados, y que el tío Job moriría á consecuencia de tan terrible golpe.

—No tema usted nada señorita. Su hijo Miguel es un poderoso auxiliar, y si alguien puede arreglar el asunto, seguramente él lo hará. Me alegro mucho que usted no haya perdido gran cosa.

—Me parece que no. Muchas gracias, y hasta la vista.

Susana se tranquilizó hasta cierto punto respecto á la salud de Job; pero creyó conveniente ir á casa del Dr. Humphreys para rogarle que hiciera una visita á Marshstead aquella misma tarde, sin decir quién le enviaba. Tuvo la suerte de encontrar en casa al médico, que era un venerable anciano, de aspecto rudo, pero muy bondadoso, y que prometió á la joven complacerla, aunque sabía, según dijo, que Job Hazell era muy escéptico respecto á la ciencia médica.

Evacuada esta diligencia, Susana fué en busca de su prima, porque las dos estaban convidadas á un te en el vicariato. De buena gana hubiera prescindido de esta visita, pues deseaba ante todo ir á ver á Job; pero consolóse con la esperanza de obtener allí noticias más seguras, y no le faltaría pretexto para marcharse pronto.

En el camino ideó varios proyectos sobre lo que podía y debía hacer si la pérdida de Job resultara verdaderamente grave; mas no se le ocurría nada satisfactorio. De repente interrumpió sus reflexiones la voz de un hombre; era la de Walton, que la saludaba cortésmente.

—Me alegro encontrar á usted, señorita Holt, dijo, pues me han rogado en el vicariato que la busque á usted para decirle que se la espera.

—Precisamente voy allí, contestó Susana con viveza y cambiando al punto el rumbo de sus ideas.

Walton vestía con más elegancia que de costumbre, y sonreíase como hombre que no conoce la desgracia en el mundo. Esto hizo pensar á Susana cuán diferente sería la expresión del rostro de Miguel en aquel momento á causa de las desgracias de sus vecinos, y el contraste no fué nada favorable para Walton; pero éste no se fijó en nada; habló alegremente mientras se dirigían al punto en que Sara esperaba, y contentóse con las breves contestaciones de su compañera.

Walton estaba muy satisfecho de sí mismo, y esto bastaba para que no tuviese en cuenta el descontento de los demás. En primer lugar, había rehusado acompañar á su hermana mayor al vicariato, sitio que no juzgaba propio para él; después hubo de aceptar la invitación que le hizo la hija del vicario; fué allí solo, llegando en el momento en que se necesitaba alguno para ir á buscar á Susana, y habiéndose ofrecido al punto como mensajero, se le encargó tan dulce misión. Todo, pues, había salido á pedir de boca para Walton, y he aquí por qué estaba tan alegre con Susana, y por qué hacía tan poco aprecio de la frialdad de su prima, cuando se reunieron con ésta.

Sin embargo, Walton tuvo la atención de felicitar á Sara por su salud, diciéndole que tenía muy buen aspecto, cumplido que la joven agradeció al parecer, pues sus mejillas se colorearon vivamente. Los tres se dirigieron hacia la iglesia, colocándose Walton entre las dos primas, á quienes procuró distraer con su conversación, regocijándole la idea de que su hermana mayor se indignaría al verle entrar tan bien acompañado.

Muy pronto divisaron la iglesia y las puertas del vicariato.

—Experimento ahora un vivo deseo de entrar en la iglesia, dijo Walton sonriendo.

—Pues la sensación debe ser muy desagradable para usted, repuso Susana, recordando que rara vez le había visto en misa.

—No es lo mismo la inclinación que el hecho de ir, replicó Walton sin desconcertarse por la respuesta. Si usted quisiera que yo fuese, necesitaría que el cura estuviera allí preparado para el servicio que debe prestar cuando se trata de un casamiento; y que nosotros, tal como estamos ahora, nos presentáramos ante el santo varón dispuestos á contestar á sus preguntas.

—Sobraría una persona, observó Sara sin levantar los ojos.

—No pensaba en ello, contestó Walton dirigiendo una rápida mirada á la silenciosa joven, cuya presencia había olvidado ya.

Tomás se alegró de haber llegado al vicariato, aunque pocos minutos antes sentía verle tan cerca; y era porque Sara ejercía sobre él cierta influencia; sus palabras le producían en cierto modo el efecto de un chorro de agua fría en la espalda, sobre todo desde su última entrevista con la joven en el puente; pero siempre procuraba olvidar cuanto le fuese desagradable, y generalmente lo conseguía.

Una de las ventanas del vicariato estaba abierta, y al acercarse á la puerta oyeron murmullo de voces; un momento después, Walton y sus compañeras fueron recibidos por el vicario y su hija.

El Sr. Arnold había sido pastor de Dunthorpe hacía cuarenta años, y contaba ya setenta y cinco. De complexión fresca aún, tenía el cabello completamente blanco y sedoso, ojos de mirada bondadosa y carácter dulce. Interesábase mucho por sus ovejas y procuraba dar á todos buenos consejos, ayudándoles también materialmente en cuanto lo permitían sus recursos, bastante limitados.

Aún ocupaba su lugar en el púlpito, y la iglesia solía llenarse de gente cuando se sabía de antemano que iba á pronunciar un sermón. No obstante, el principal trabajo de la parroquia se encomendaba hacía dos años al cura llamado Holroyd.

El vicario, viendo que no podía soportar la fatiga que le ocasionaban sus excursiones para visitar sus ovejas, siguió el consejo de su hija la señorita Arnold, quien propuso que en las tardes de los días de feria se invitase á tomar té á los principales feligreses.

He aquí por qué en tales días reuníanse siempre en el vicariato no pocas matronas y jóvenes; pero el número de hombres era escaso, reduciéndose á varios jóvenes, los cuales iban, más bien que á visitar al pastor, atraídos por algún interés particular.

En invierno, el Sr. Arnold recibía á sus visitantes sentado en un gran sillón junto al fuego, prodigándoles siempre sonrisas y palabras bondadosas; en verano colocábase junto á la ventana del jardín, por la cual podía pasar á éste, á causa de ser muy baja, para coger algunas flores y obsequiar á sus jóvenes amigos.

La señorita Arnold, cuya visita á las más humildes viviendas era siempre un consuelo, había nacido poco después de obtener su padre el vicariato de Dunthorpe. Por circunstancias que no es del caso referir aquí, hizo las veces de nodriza y ama de gobierno, y demasiado pronto debió sustituir á su madre para cuidar de ocho niños, hermanos y hermanas. Por eso la llamaban la *sollerona*, sin que la ofendiese nunca este término, el más temible de todos para una mujer. Su graciosa figura, la expresión afable de su rostro, y su aspecto simpático, hacíanla parecer joven aún á pesar de algunos hilos de plata que se descubrían en su abundante cabello. Aquella mujer había amado en otro tiempo; pero no fué correspondida, y hubo de renunciar á sus más doradas ilusiones.

La señorita Arnold presidía la mesa á las horas de comer y cuando se tomaba el té, encargándose siempre de hacer los honores; no era su costumbre hablar mucho; pero tenía la habilidad de tocar siempre alguna cuestión que indujera á los demás á discutir. Estudiaba el carácter de cada uno de sus amigos ó amigas, y sus preguntas y respuestas eran siempre ingeniosas.

En la tarde del día de que hablamos, la reunión no era tan animada como otras veces; pues aunque solamente algunos de los presentes habían sufrido más ó menos pérdidas por la quiebra del Banco, los demás se creían en el deber de conservar un aspecto grave.

Elisa Walton, que se hallaba allí, sentada junto al vicario, no era la persona más propia para animar á los demás. Tomaba su té con tal indiferencia, que cualquiera hubiera podido creer que le costaba el dinero y que la bebida no era buena; y de vez en

cuando miraba á las mujeres é hijas de labradores con cierto aire de conmiseración, que despertó al fin en algunas su resentimiento, sobre todo porque sabía que Elisa Walton se hallaba en una posición muy crítica, en la de una mujer que había querido echarla de gran dama y no tenía apenas lo suficiente para vivir. Sin hacer aprecio del aparente desdén de las mujeres que allí había, no trató de conciliarse la buena voluntad de ninguna de ellas, y fijó toda su atención en el vicario.

Pero el santo varón dejó de hacerla caso también apenas vió entrar á Susana, que desde su infancia había sido favorita del vicario, y éste deseada además saber si sufría alguna pérdida por la quiebra del Banco. En su consecuencia, aprovechó la primera oportunidad para ir á dar una vuelta con la joven por el prado contiguo.

Walton hubiera querido ir también; pero hizo un esfuerzo para dominarse, y permaneció junto á la señorita Arnold.

Sara le observaba furtivamente, y Elisa Walton fijó en ella la atención desde aquel momento.

Poco después, el vicario y Susana volvieron; Sara y Elisa Walton pudieron ver cómo Tomás se reanimaba, y hubo un momento en que las miradas de aquellas dos mujeres se cruzaron. La hermana de Tomás creyó reconocer una aliada en el campo enemigo. Y esto la distrajo un poco de su mal humor. Parecía muy duro que el vicario, en presencia de las mujeres que allí había, hubiese dejado de fijar en ella la atención cuando Susana entró; al ver á ésta, levantóse como para ofrecerle su sitio; mas á nadie engañó con su fingida cortesía, y no faltó quien se alegrara de verla en cierto modo fuera de la reunión. No hacía esfuerzo alguno para obtener popularidad entre sus inferiores, y todos se reían de ella.

—Puesto que va usted á Marshstead, amiguita Susana, dijo el vicario, apoyando las manos sobre los hombros de la joven con paternal afecto, dirá usted al Sr. Hazell que irá á verle mañana. Debemos esperar que no estará gravemente enfermo, aunque los reveses de este género no se resisten bien á una edad avanzada.

Susana y su prima volvieron al pueblo, donde el dueño de la posada tenía ya preparado el carrito de la granja, en cumplimiento de la orden que había recibido antes.

Elisa Walton prefirió quedarse en el vicariato, para que su hermano la condujese en su vehículo; pero Tomás, guiando los ojos, despidióse de la señorita Arnold y de los demás, diciendo que volvería muy pronto.

Cuando Susana iba á subir al carrito, sorprendióla mucho ver á Walton ocupando el sitio del conductor y con las riendas en la mano.

—Voy á Marshstead, dijo, y le ruego que me permita utilizarme de este vehículo. Debo visitar al Sr. Hazell, como deberían hacerlo todos sus amigos, para demostrarle que la pérdida que acaba de sufrir no disminuirá en nada la amistad que se le profesa.

—Pero..., ¿no le espera á usted su hermana?, exclamó Susana, sin saber apenas qué decir ante tan extraño proceder.

—La he enviado un mensajero, contestó Walton, para que la acompañe, y quedará muy agradecido si usted me permite ocupar un asiento. Yo no estaré más que algunos minutos en casa de Hazell, y desde allí á la Abadía, no hay mucho que andar.

La impetuosidad de Tomás no dejó tiempo á Susana para reflexionar; pero de todos modos la hubiera sido difícil hallar una razón para rehusarle un asiento en el vehículo sin faltar á la ordinaria cortesía.

Sara se colocó detrás, sin esperar á Walton, que se adelantaba para ayudarla á subir.

—Sé que usted acostumbra á sentarse de frente, dijo Tomás; pero me permitirá usted guiar.

La joven no pudo menos de sonreír al observar la decisión de Walton en todo, y le cayó en gracia que éste pidiera permiso para hacer una cosa después de haberla hecho ya.

Al cruzar por el pueblo, Walton saludó con un movimiento de cabeza á varias personas conocidas; y Susana sintió que el rubor coloreaba sus mejillas, al notar la expresión de sorpresa de algunos y la sonrisa de otros, que miraban como diciendo: «¡Muy bien, muy bien; la cosa marcha!»

Media hora después, Elisa Walton era conducida á su domicilio por uno de los criados de la posada, que había llevado al vicariato el mensaje de Tomás, anunciando que éste no podía ir á buscar á su hermana, á causa de haberle sido indispensable visitar á un amigo enfermo. Elisa no dió á conocer ante los demás su enojo y disgusto; mas en el camino entregóse á muy tristes reflexiones.

(Se continuará.)

## LA ATRACCIÓN DEL POLO NORTE, por el comandante R. E. Peary

Antes de dar una idea del embeleso y atracción que tienen el Polo Norte y las expediciones árticas, permítaseme que procure contestar á esta pregunta: ¿qué es el Polo Norte? Y al hacerlo me parece que he de decir algo nuevo hasta para los más ancianos é instruidos de mis lectores.

El Polo Norte es el centro exacto del hemisferio boreal, del hemisferio en que hay mayor extensión de tierra, población y civilización. Es en donde el eje de la tierra toca á su superficie. En ese lugar no hay longitudes, ni tiempo, ni puntos cardinales, excepto el Sur; allí todos los vientos que soplan vienen del Mediodía. En ese sitio un día y una noche constituyen el año, y dos pasos únicamente separan el medio día de la media noche astronómicas. Desde allí todos los cuerpos celestes parece que siguen su curso en línea horizontal; una estrella muy poco elevada sobre el horizonte nunca se oculta, sino que constantemente gira, rozándolo apenas.

Todavía más: el Polo Norte es el último gran descubrimiento geográfico que el mundo guarda aún para el hombre aventurero; ese es el premio por el que los hijos ilustres de las naciones más fuertes, ilustradas y emprendedoras de la tierra, han estado luchando inútilmente cerca de cuatro siglos; el trofeo que llenará de orgullo á la nación que lo gane, aunque sea la más altiva de todas ellas.

Tal vez deba decir unas cuantas palabras para explicar mi aserción de que en el Polo Norte no existe el tiempo. ¿Cuál es el punto de partida para calcularlo? El mediodía, es decir, el momento en que el sol cruza el meridiano bajo el que nos hallamos ú otro fijo que se ha elegido con ese fin. En el polo no hay meridianos, ó mejor dicho, todos los del globo se reúnen en un solo lugar, así es que no hay punto de partida para el tiempo tal como lo calculamos nosotros.

Después de definir lo que es el polo, bueno será quizás que nos ocupemos brevemente de las cuatro cosas que, por decirlo así, integran el concepto que de las regiones árticas se forma la inmensa mayoría de las gentes. Estas cuatro cosas son: el frío, la obscuridad, el silencio y el hambre. Las primeras preguntas que casi invariablemente se me han hecho, al regresar de mis expediciones, han sido relativas á esas cuatro cosas, y por lo general, formuladas en el mismo orden en que las he nombrado.

En lo más remoto del Norte, cuando el invierno comienza de veras, parece que hasta el mismo aire se congela, se llena de pequeños cristales de hielo; el acero mejor templado, el roble completamente curado, la majagua, se tornan quebradizos; el hierro dulce se vuelve tan duro como el acero; la melaza y el tocino hay que partírselos á hachazos; el petróleo se pone blanco y espeso, como si fuera mantecado, y la respiración se convierte en hielo instantáneamente. Sin embargo, mis lectores han de tener entendido que el frío solo no es el mayor de los enemigos en las regiones del Polo Norte, ni sería por sí solo obstáculo para las exploraciones árticas. Ya sabemos que el frío y el calor son relativos; el clima de Nueva Inglaterra podrá parecer tan insoportable y causar tanto terror á un hijo de los trópicos, como el frío de las regiones árticas á un natural de Nueva Inglaterra.

Y deben además tener en cuenta mis lectores que

un hombre, una mujer ó un niño sanos y robustos, si están bien alimentados y bien vestidos, podrán vivir y soportar el frío de dichas regiones tan perfectamente como nosotros vivimos y soportamos los inviernos de nuestros Estados del Norte. Únicamente si á los rigores del frío se agregan los de una tempestad ártica y el viento impele con furia la nieve, en-

como ya he dicho, dura seis meses, desde el 21 de septiembre al 21 de marzo. Esa larguísima noche es la que con frecuencia vuelve locos á los que permanecen en aquellas regiones. Este es el mayor é inevitable obstáculo para la exploración ártica: el estar seis meses bajo el aplastante peso de una obscuridad interminable y que exaspera.

Pero no vaya á creerse, como á muchos les pasa, que todo el año reina una obscuridad mayor ó menor; en los países árticos, así como el invierno es un período de obscuridad intensa, casi insufrible, así también el verano lo es de una luz continua, brillante, que á veces la vista no resiste.

El silencio ha sido tema favorito para más de un viajero y de un escritor; el insoportable silencio de las regiones polares. Por mi parte no he echado de ver semejante silencio. Si el campamento de invierno está situado cerca del mar, el continuo subir y bajar de las grandes extensiones de hielo, por efecto de las mareas, produce en él un continuado rumor de crujidos, estallidos y gemidos que nunca cesa enteramente; y si está situado tierra adentro, las probabilidades son de que durante la mayor parte del tiempo el viento y la nieve que éste arremolina produzcan silbidos y chirridos incesantes.

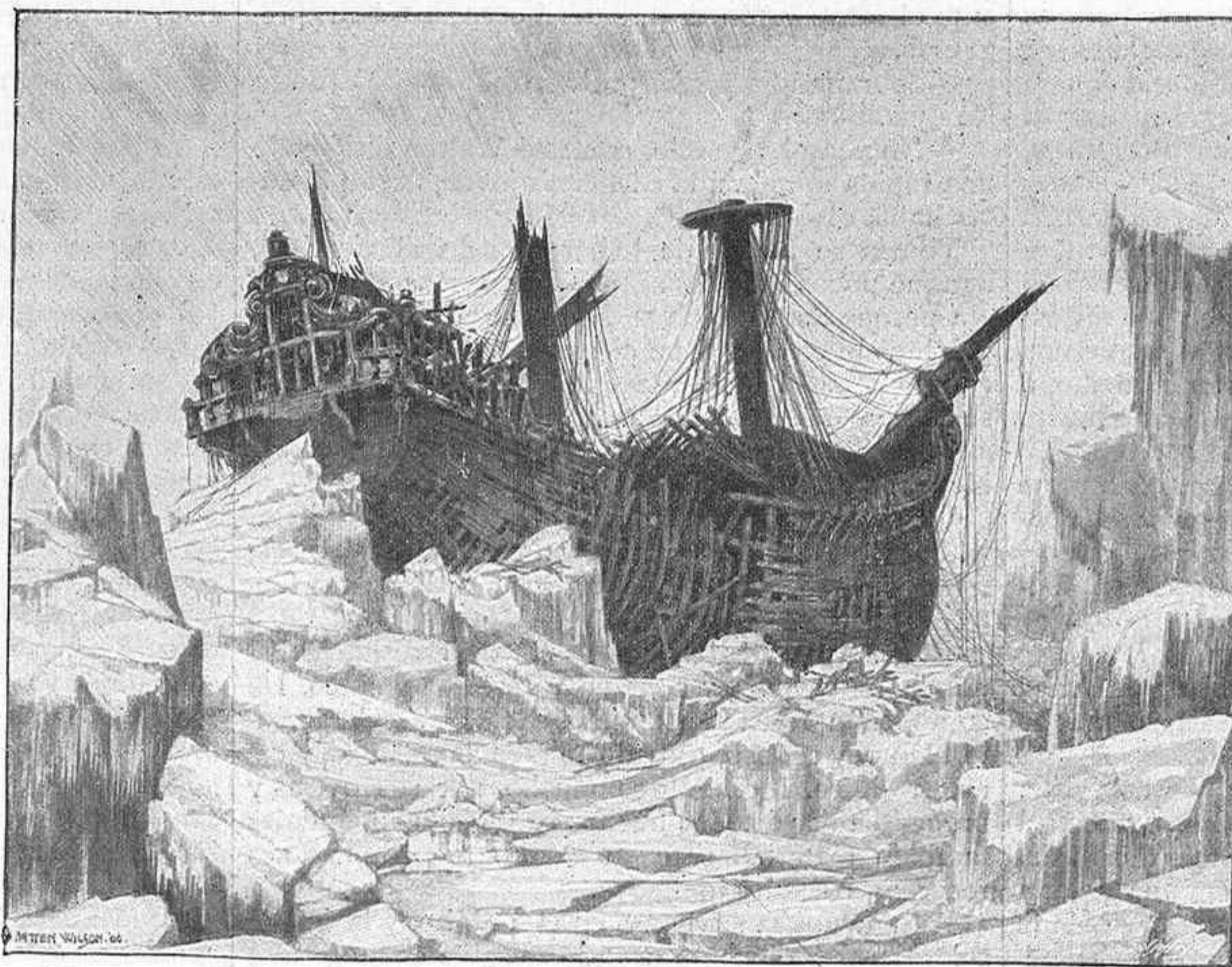
Esto en tiempo de invierno. Durante el efímero verano, los gritos y el aleteo de innumera-

bles aves marinas, el murmullo de los numerosos arroyuelos, el chocar de las olas contra el hielo y las rocas, llenan el aire de continuos rumores.

Hay, sin embargo, ocasiones en que ocurren breves intervalos de silencio absoluto, y cuando esto sucedía, en lugar de serme desagradable, aquel silencio me encantaba por lo profundo y completo.

El hambre ha desempeñado un papel importante en muchas expediciones árticas; sin embargo, debe tenerse presente que lo mismo ha sucedido en otras á países que se tienen por más favorecidos por la naturaleza. La falta de cuidado, la mala administración, la inexperiencia ó el no haber calculado bien las probabilidades, pueden ser causa en cualquier parte del mundo de verse por el hambre amenazados los exploradores. Respecto al hambre, como respecto á la

obscuridad, ¿cuántos de mis lectores saben lo que realmente es ni pueden de ello formarse un concepto exacto? No me refiero al hambre que sufre el hombre que se va muriendo lentamente en la inacción, hasta que casi pierde por completo el conocimiento, quedándole sólo un soplo de vida. Nunca he sufrido hambre semejante. A la que me refiero es á la que siente quien, durante muchos días, ha estado trabajando todo lo que ha podido, expuesto al aire helado de las regiones polares, alimentándose con media ración ó con menos todavía, hasta quedar reducido á una escueta armazón de huesos y nervios; al hambre que padece el hombre cuyo corazón, pulmones y músculos están haciendo esfuerzos excesivos; que tiene el estómago del grueso de un pliego de papel, pero cuya sangre, roja y caliente todavía, pide á voz en grito que le den carne. Esa es el hambre que impulsa á arrojarse sobre el oso ó sobre el buey almizclero que se acaba de matar; á levantar con el cuchillo la piel y á hartarse de carne cruda, caliente y deliciosa, sin esperar, por considerarlo innecesario, á ponerla al fuego ni á echarla sal. El hambre que hace que cuando

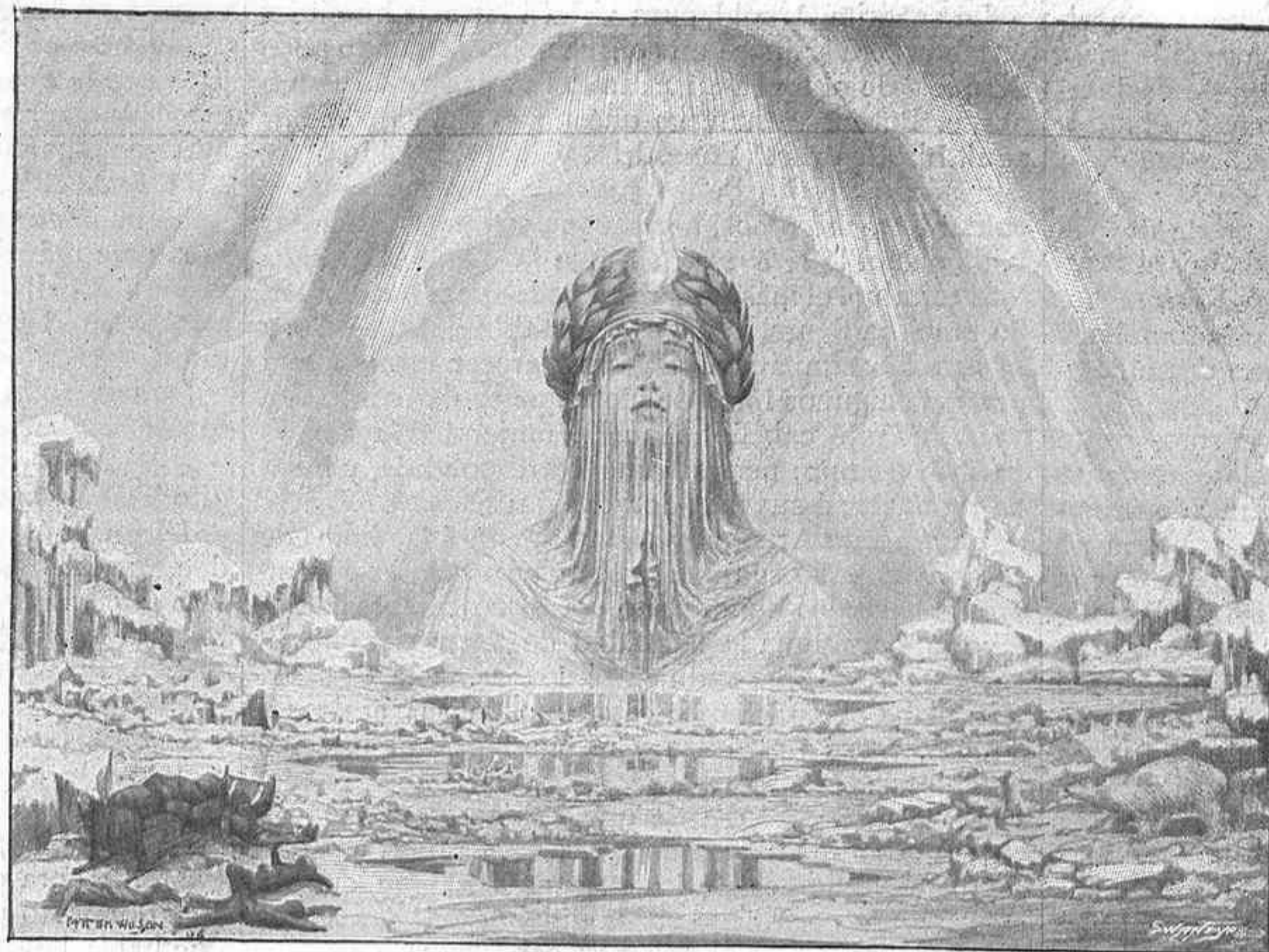


Buque encallado en los hielos polares

tonces es cuando hay que renunciar por completo á trabajar ó á viajar; hombres y animales se ven obligados á encerrarse en sus madrigueras de nieve hasta que ha cesado la tormenta.

La obscuridad de las regiones árticas es otra de las cosas de las que se tiene, por lo general, una idea equivocada. La noche interminable del polo es á la vez el más grande, el más cruel, el más difícil de soportar de todos los fenómenos naturales que en el globo se realizan. Es una cosa que, cuando una vez se ha pasado por ella, no se olvida jamás. ¿Quién se formará de ello una idea exacta, á pesar de que les diga que la noche dura semanas y hasta meses?

Trátase de concebir, si eso es posible, qué sería lo que experimentarían los habitantes de la Gran Bretaña si el sol se pusiera todos los años, á principios



En ninguna parte nos sentimos tan cerca del corazón mismo de la madre tierra

de octubre y no volviera á salir hasta fines de febrero. Esta es, por término medio, la duración de la noche en las regiones árticas, si bien en el polo mismo,

tarse de carne cruda, caliente y deliciosa, sin esperar, por considerarlo innecesario, á ponerla al fuego ni á echarla sal. El hambre que hace que cuando

muere un perro uncido al trineo, el hombre espante y no deje acercarse á los otros perros hasta no haber comido todo lo que apetecía.

Sin embargo, al paso que esas regiones árticas, con su frío, su obscuridad, privaciones, trabajos y hambre, hacen estremecerse de horror, cuando en ellas piensan, al enfermo, al anciano y al tímido, para el hombre de mediana edad ó para el joven llenos de salud y de sangre roja han tenido, desde tiempo inmemorial, un aliciente mayor que el que brinda cualquier otra comarca de la tierra. Ninguna región atrae con tanta fuerza y tan universalmente á la inteligencia y á la voluntad como aquellas soledades deslumbradoras, peligrosas y llenas de misterio. Lo desconocido, lo nuevo, lo audaz, lo grande, lo imponente de todo aquello, hace que hierva la sangre en nuestras venas.

¿Qué es lo que presta encanto á nuestras juveniles excursiones, sino es la novedad, el penetrar en parajes desconocidos? La propensión á viajar, el *Wanderlust*, como dicen los alemanes, es innata en casi todos los animales; el hombre no es una excepción de esa regla general. Es una reminiscencia de la antigua vida, libre y salvaje; de los tiempos en que era la tierra joven y el hombre tan sólo un animal.

El mayor de los hechizos con que nos encantan las tierras polares, es su misma naturaleza. Aunque muestre una osamenta descarnada y protuberante á causa del frío y del hambre de los siglos sucesivos, en ninguna otra parte nos sentimos tan cerca del corazón mismo de la madre tierra como allá arriba, en aquellas regiones blancas y muertas colocadas entre este mundo y los espacios interestelares á los que llamamos árticos. Allí se realiza la fábula de Anteó, el fornido hijo de Poseidón, que recibía nueva fuerza y vigor á cada contacto con la tierra. En ninguna otra parte es el aire tan puro, la luz del sol tan brillante, la obscuridad tan intensa, ni las tempestades tan furiosas. Allí se encuentran las montañas de hielo, los ventisqueros, la nieve eterna, los escarpados montes. Allí están las focas, la ballena, el buey almizclero, el oso polar, el lobo blanco y por último los esquimales con sus perros. Allí el día y la noche son inmensos y brilla perpendicularmente sobre nuestras cabezas la estrella Polar.

PSIQUIS, ESCULTURA DE PABLO DE VIGNE

Pablo de Vigne, uno de los más famosos escultores belgas contemporáneos, es, con Carlos de Stappen,



Psiquis, escultura de Pablo de Vigne

pensionado en la ciudad eterna sacó escaso provecho; en cambio, cuando con sus propios recursos y por espontáneas iniciativas visitó los principales centros artísticos de Italia permaneciendo cinco años en Roma, sintióse verdaderamente influido por el arte de la antigüedad, en el cual vió, según él mismo ha dicho, la encarnación de los más puros principios estéticos.

Pablo de Vigne se ha mantenido fiel á estos principios y hoy sus obras son admiradas, no sólo en su patria, sino también en el extranjero, figurando muchas de ellas en museos, edificios y monumentos públicos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

AL TRAVÉS DEL ISTMO DE PANAMÁ, por P. J. Mateos. — Interesante narración de escenas é impresiones de viaje, en las que la exactitud de las descripciones compete con la amenidad del relato y con el acierto de los juicios que al autor le merece lo observado. Un tomo de 166 páginas, ilustrado con varios grabados y dos vistas panorámicas del Canal Interoceánico de Panamá, editado en Barcelona por los Herederos de Juan Gili.

CARTAS ÍNTIMAS. SUEÑOS FANTÁSTICOS, por Fray Buscón. — El primero de esos tomos contiene, expuesta en forma de memorias filosóficas de un joven novicio, una historia que si interesa por su asunto, interesa aun más por las observaciones que en ella hace el autor sobre importantes puntos filosóficos; el segundo es una colección de historietas fantásticas que se leen con sumo agrado. En uno y otro se nos presenta el autor como escritor correctísimo y culto. Los dos tomos han sido editados en Palma de Mallorca é impresos en la tipo-litografía de Amengual y Montaner.

DISCURSO INAUGURAL leído en la solemne apertura del curso académico de 1907 á 1908 ante el claustro de la Universidad de Barcelona por el Dr. D. José Estanyol y Colom. — Trata ese discurso del derecho de asociación y está inspirado en la más pura ortodoxia, admirándose en él la bondad de la doctrina, la profundidad de conocimientos y el sano criterio de su autor, el ilustrado catedrático de Derecho Canónico de esta Universidad. Un tomo de 75 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía «La Académica.»

el portaestandarte de la escuela clásica. Nació en 1843, estudió el arte escultórico primero al lado de su padre y luego en las academias de Gante y de Amberes y á la edad de veinte años obtuvo su primer premio en Roma; seis años después lo ganaba por segunda vez. Sin embargo, de sus estancias como

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. — Se han repartido los cuadernos 15 y 16 de tan importante obra, de cuya publicación se ha encargado la empresa arrendataria de la *Gaceta de Madrid*. Contienen multitud de hermosos grabados y magníficas láminas referentes á Toledo y un interesantísimo texto en español y francés. Precio de cada cuaderno, tres pesetas en España y tres francos en el extranjero.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres A. Lorecte, Rue Rougemont núm. 14, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de BLANCARD  
EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á  
LAS SEÑORAS

**EL APIOL** DE LOS  
JORET HOMOLLE

CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ia</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE  
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Marruecos.—La expedición á Sidi Brahim. El botín del capitán. (De fotografía de un corresponsal.)

En el último número dijimos ya algo de la expedición de las tropas del general Drude á Sidi Brahim. Esta operación, aunque ofrecía algunas dificultades, dada la distancia entre el objetivo y el campamento de Casablanca, se realizó con el mayor éxito, pero con resultados insignificantes, pues los rebeldes que ocupaban aquella posición la abandonaron antes de que llegasen los franceses, con lo que se malogró el plan combinado para sorprenderlos y castigarlos rudamente.

En su consecuencia, los expedicionarios apenas hubieron de disparar un tiro, y cuando estuvieron en Sidi Brahim se encontraron con que el enemigo se había internado después de haber recogido y retirado la mayor parte de las tiendas con todo lo que contenían. Los soldados recorrieron el que había sido campamento, incendiaron algunos montones de paja y por todo botín recogieron algunas gallinas y un borriquito que entregaron á su capitán.

### AGUA LÉCHELLE

**HEMOSTÁTICA**

*Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.*

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los*

### ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

### REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

### ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas *Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.*

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.



### PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Passage Verdeau. PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 750 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferri, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

### ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre **Depurativo Vegetal** cura las

### ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

Data de 1849 Paris

### PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

### LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS 8ª St-Denis, 16

INFLUENZA RACHITIS ANEMIA CLOROSIS

### VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

### PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

### Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.